

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

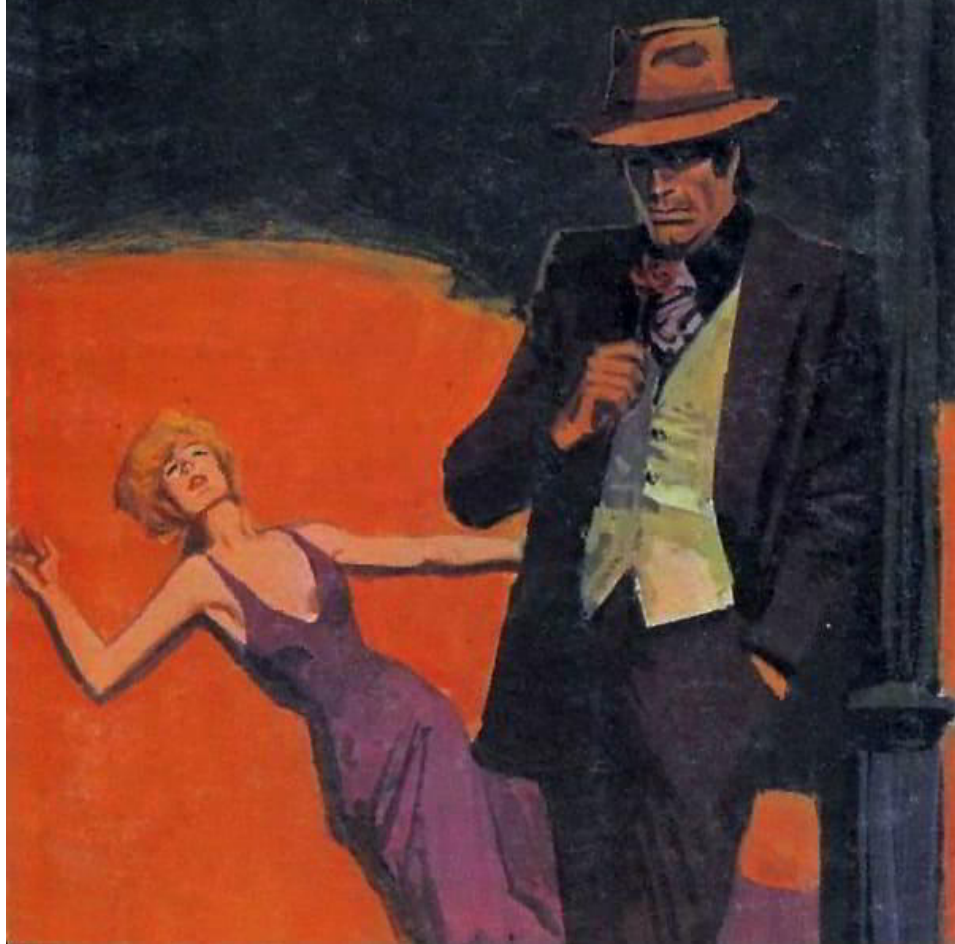
BOLSILIBROS



POLICIACO

**UNA FLOR
EN LA MANO
DEL MUERTO**

***Lou
Carrigan***



De Emerson Block, a sus treinta y dos años, se decía que tenía un pie aquí y otro allá. Pero eso se decía en muy buen sentido.

Emerson era sargento de la policía, sección Homicidios, y esto, lo de ser sargento, era tener un pie «aquí». El otro pie, «allí», quería decir que Emerson estaba a medio paso de ascender en el escalafón y convertirse en el teniente más joven del Departamento de Policía de Miami.

Los motivos eran lógicos: Emerson Block era inteligente, trabajador incansable y tenaz, serio y sobrio, y de una honestidad personal y profesional a prueba de millones de dólares. Y no era que Block, en definitiva, fuese tonto y desdeñase ser millonario, no. Era, simplemente, que hacía ya tiempo se había convencido de que si bien el dinero proporciona las máximas posibilidades para ser feliz, todavía había algo mejor para conseguir esa felicidad: estar satisfecho de uno mismo.



Lou Carrigan

Una flor en la mano del muerto

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1715

ePub r1.0

Lds 07.12.17

Título original: *Una flor en la mano del muerto*

Lou Carrigan, 1976

Colección LA HUELLA n.º 73. Bruguera – 1976

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1715. Bruguera – 1983

Colección PUNTO ROJO n.º 51. Ediciones B – 1994

ePub modelo

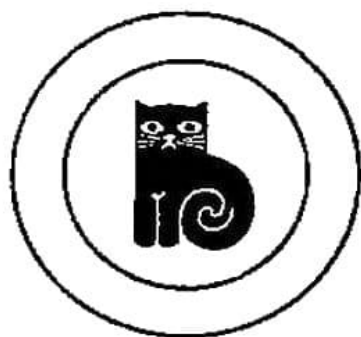
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

De Emerson Block, a sus treinta y dos años, se decía que tenía un pie aquí y otro allá. Pero eso se decía en muy buen sentido.

Emerson era sargento de la policía, sección Homicidios, y esto, lo de ser sargento, era tener un pie «aquí». El otro pie, «allí», quería decir que Emerson estaba a medio paso de ascender en el escalafón y convertirse en el teniente más joven del Departamento de Policía de Miami.

Los motivos eran lógicos: Emerson Block era inteligente, trabajador incansable y tenaz, serio y sobrio, y de una honestidad personal y profesional a prueba de millones de dólares. Y no era que Block, en definitiva, fuese tonto y desdeñase ser millonario, no. Era, simplemente, que hacía ya tiempo se había convencido de que si bien el dinero proporciona las máximas posibilidades para ser feliz, todavía había algo mejor para conseguir esa felicidad: estar satisfecho de uno mismo.

Y aceptar sobornos, por ejemplo, no le parecía a Emerson una actitud que pudiese causar satisfacción a nadie. No a él, cuando menos. El que la hace, la paga, sea quien sea. Con este lema, Emerson Block había conseguido estar con un pie aquí y otro allí cuando todavía algunos de sus compañeros estaban mordiendo el aire para alcanzar el grado de sargento.

En aquellos momentos, nueve de la mañana de un espléndido sábado soleado de otoño, Emerson Block estaba con un pie aquí y otro allá: un pie en su apartamento, el otro pie camino de Los Everglades, donde pensaba pasarse el fin de semana cazando patos. Bien está ser un trabajador tenaz, pero eso sólo se consigue cuando también sabe uno tomarse su tiempo libre para descansar. Sí, señor, estaba a punto de irse a Los Everglades, a demostrar a los patos que

el sargento Emerson Block era un tirador de primera...

Y entonces, cuando estaba con un pie dentro y un pie fuera del apartamento, sonó el teléfono.

Ni por un segundo se le ocurrió a Emerson desoír la llamada. Eso no iba con su mentalidad. Así que, simplemente, regresó al saloncito y descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Sí, soy yo.

—¡Hombre, no!...

—El capitán Mac Craig sabe perfectamente que este fin de semana lo tengo libre; así que él no ha podido ordenar que yo...

—Ah... ¡Ah! Sí, entiendo. Bien. ¿Cuál es la dirección?

Diez segundos más tarde, Emerson Block abandonaba su apartamento, sin su escopeta de caza. Tenía un pie en el apartamento y otro en aquel lugar donde se había cometido un asesinato: 1186 South Alhambra Circle, Coral Gables.

Llegó allá en veinte minutos, en su coche particular, todavía vestido como si fuese a cazar patos, muy deportivamente, con botas, sólidos pantalones, camisa a cuadros y chaquetón. Si se hubiese marchado de su apartamento más temprano, el capitán Mac Craig no le habría «cazado» a él para aquel asunto. Pero a fin de cuentas, disponiendo de dos días, no le había parecido necesario madrugar; el domingo podría estar al acecho antes del amanecer.

Ya no podría ser. Tendría que dedicarse a otra clase de caza.

El capitán Mac Craig, que al decir de todo el Police Department amaba a Emerson Block (en estricto buen sentido), estaba esperando en el jardín de aquella linda casa rodeada de jardín, muy cerca de Granada Boulevard y delante mismo de Mahi Waterway, donde se veían preciosas lanchas de alegres colores, unas amarradas a los embarcaderos y otras deslizándose a buena velocidad por las mansas aguas del canal.

—Hola, Emerson —le recibió, sonriendo—. Perdona la jugarreta, muchacho, pero ya sabes lo que pasa los viernes por la noche: hay tanto jaleo, que los sábados apenas disponemos de personal. De veras lo siento.

—No importa, señor —dijo sinceramente Emerson.

—Te diré la verdad: vine yo mismo creyendo que podía ser una broma, y que por tanto no valía la pena molestar a ningún hombre

en activo fuera del Departamento. Pero no era una broma. Y tal como está el asunto, pensé que incluso te gustaría hacerte cargo de él.

Emerson lo miró sin demasiada sorpresa.

—¿Por qué, señor?

—Prefiero que eches un vistazo tú mismo. Dentro ya están trabajando los de Huellas.

—¿A quién se han cargado?

—Se llamaba Thomas Larsen. Unos sesenta años. El forense está en camino, pero si aceptas mi experiencia, puedo adelantarte que lo mataron hace por lo menos doce horas.

—¿Quién descubrió el cadáver?

—Llamaron al Departamento. Un hombre. Dijo que se había cometido un asesinato en el 1186 de South Alhambra Circle, Coral Gables, y colgó. Eso fue todo.

Emerson asintió con la cabeza, sin hacer más comentarios. La policía recibía cientos de llamadas como ésta. La mayor parte de las veces, quien llamaba era el propio asesino, por motivos muy diferentes. Tantos, que era una pérdida de tiempo pensar cuál podía haber sido esta vez. Aparte de que no siempre era el asesino quien llamaba, sino cualquier persona que tenía sus buenos motivos para no darse a conocer.

Entraron en la casa, donde, en efecto, los de Huellas estaban ya trabajando con sus pincelitos y fijadores de huellas. Éste era un trabajo que aterraba a Emerson. El público cree que lo de tomar huellas de un sitio donde se ha cometido un asesinato es algo tan fácil como llegar y decir que huele a tabaco, y ya está; cuando lo cierto es que cada huella clara conseguida es un pequeño triunfo.

—Hola, Emerson.

—Hola, Bill.

—Hola, Emerson.

—¿Qué hay, Danny?

La víctima estaba en el salón.

—Hola, Emerson.

—Hola, Waldo. ¿Habéis tomado ya las fotos?

—Sí. La serie completa.

De nuevo asintió Block con la cabeza, y se acercó al cadáver. Por entre los listones graduables de la gran persiana que protegía el

ventanal entraba la luz del sol, a franjas, proporcionando claridad más que suficiente. Pero la lámpara de pie que había junto al sofá instalado ante la chimenea estaba encendida. Y, por supuesto, no la habían encendido los de Huellas. Ni mucho menos, el capitán Mac Craig. Simplemente, habían matado a aquel hombre llamado Thomas Larsen a una hora en que era imprescindible la luz eléctrica. O así lo parecía.

Un instante antes de mirar ya con atención el cadáver, Emerson captó en la mirada de Mac Craig aquel destello que era entre irónico y de simpatía. Un instante después de mirar el cadáver, comprendió el porqué de aquella expresión de Mac Craig.

El cadáver estaba en batín. Un batín muy elegante, por cierto, de un bonito color azul pálido. Justo sobre el corazón tenía clavado un cuchillo de cocina. Su ubicación en el salón era la siguiente: delante de la chimenea estaba el sofá; a cada lado de éste, un amplio y confortable sillón; entre uno de éstos y el sofá estaba la lámpara de pie de gran pantalla, encendida; entre el sofá y la chimenea había una mesita baja, de cubierta de mármol verde veteado, y sobre la cual había cigarrillos, una revista, un encendedor de mesa, un par de vasos y una botella de *whisky*. Y, finalmente, el cadáver estaba tendido boca arriba, con la cabeza hacia la mesita y los pies hacia el sofá. Tenía los ojos entreabiertos, la boca crispada hacia un lado. Estaba azulado, y Emerson no necesitaba tocarlo para saber que había entrado ya en la rigidez *post mortem*. Ni un segundo menos de doce horas, en efecto. ¿Por qué habría esperado el asesino tanto tiempo para llamar?

Pero esto era lo de menos.

Lo realmente fantástico eran los... detalles.

Los detalles.

Al primer vistazo, Emerson Block captó los siguientes:

- 1. El cadáver tenía una flor en la mano derecha.
- 2. El cadáver tenía un zapato en la mano izquierda; el otro zapato lo tenía puesto normalmente.
- 3. El cadáver tenía la boquilla de una pipa introducida en una de las fosas nasales.
- 4. El cadáver tenía un libro abierto sobre el vientre, con las páginas hacia abajo.

- 5. Alrededor del cadáver se veía todo un mazo de naipes esparcido sobre la alfombra.
- 6. El cadáver tenía anudada una corbata alrededor de la pantorrilla izquierda.

Visto todo esto, lo normal habría sido que Emerson Block hubiese lanzado alguna exclamación de asombro, que hubiese hecho algún comentario... Pero no. Evidentemente, Block era muy sobrio. Se limitó a mirar de nuevo a Mac Craig, que sonrió secamente y encogió los hombros.

—¿A que sí te interesa? —dijo.

Una vez más, Emerson asintió con la cabeza. Luego miró alrededor, lentamente, pensativo...

Más detalles:

- 7. Todos los cuadros que había en aquel salón estaban vueltos con la pintura hacia la pared.
- 8. Sobre la repisa de la chimenea habla una fila de naranjas. Naranjas vulgares y corrientes.

—¿Qué opinas?

—Que me maten si opino algo —masculló Emerson.

—Lo mismo digo. Y ahora fíjate bien: todo lo demás está en orden, nada ha sido removido, no hay señales de lucha; ni siquiera en las ropas de la víctima. Ahí al lado hay un despacho, y tampoco han tocado nada allá. La caja fuerte está detrás de un cuadro. Cerrada, desde luego.

—Quizá la abrieron, se llevaron el dinero y la volvieron a cerrar.

—Quizá.

El forense llegó cinco minutos más tarde. Lo dejaron examinando el cadáver, y pasaron al despacho. Todo en orden. Mac Craig señaló un cuadro, y Emerson dejó al descubierto la caja fuerte separando el cuadro como si fuese la tapa de un libro.

—¿Han tomado las huellas de aquí?

—Todavía no.

—Esperaremos. ¿Y la autorización del juzgado para abrir la caja?

—Está en curso. Pero no será fácil abrirla si no encontramos las llaves, y desconociendo la combinación.

—Pues no será fácil, pero habrá que abrirla. ¿Sabemos algo concreto de la víctima?

—Lo sabremos. Todo esto no va a ser sencillo, Emerson. Lo siento por tu fin de semana libre.

—Iré a cazar el próximo sábado.

Mac Craig no replicó. Entendió perfectamente la respuesta de Emerson Block: significaba que para el próximo fin de semana pensaba tener resuelto el caso. Aplomo no le faltaba, desde luego.

El forense entró en el despacho, mostrando una sortija en la palma de su mano derecha. Una sortija con una gran piedra roja; parecía un rubí. Mac Craig y Block la miraron, y luego miraron al forense con gesto interrogante.

—Estaba dentro de la boca del cadáver —dijo el forense.

—¡Lo que faltaba! —bufó Mac Craig—. ¡Esto parece cosa de un chiflado!

Cambió una mirada con Emerson. ¿De un chiflado? Quizá. Pero hasta el momento, en todas las investigaciones que ambos habían practicado, al final había resultado que todos y cada uno de los detalles habían tenido luego su explicación, por extraños que pareciesen al principio.

—La sortija es del muerto —dijo el forense—. He visto la señal en el dedo meñique de su mano izquierda, bien claramente.

—Examinaremos la sortija. Quizá tenga algo de extraordinario, y el hombre se la metió en la boca para que no se la robasen. ¿A qué hora murió?

—Pongamos hacia las ocho de la noche de ayer. Lo sabré con más exactitud después de la autopsia. Tiene rota la base del cráneo.

—¿La base del cráneo? —Lo miró vivamente Emerson—. ¿Cuál fue la causa de la muerte? ¿Eso... o la cuchillada en el pecho?

—Las dos cosas son mortales. ¿Cuál fue primero?... Bien, no lo sé. Entre la rotura de la base del cráneo y la cuchillada medió muy poco espacio de tiempo. Pudo ser primero una u otra. Y dudo mucho que ni siquiera la autopsia me lo aclare. Lo siento.

—Veamos... —Emerson se pellizcó la barbilla—. ¿Pudo ser que le clavasen el cuchillo y que al caer se rompiese la base del cráneo?

—Sí. Debió golpearse contra el borde de la mesita de mármol. Pero también pudo ser que primero le empujasen y que luego le clavasen el cuchillo.

Emerson frunció el ceño.

—¿Le parece eso probable?

—No —refunfuñó el forense—. Pero mi opinión entra dentro de la técnica de investigación, y eso es cosa suya, Block. Quiero decir que es usted quien ha de decidir si primero le empujaron, se golpeó contra la mesa de mármol, matándose, y luego fueron a la cocina a por el cuchillo para clavárselo.

—Pero a usted, y a nosotros, le parece absurdo que quien le empujó fuese a por el cuchillo, ¿verdad? Puesto que el golpe en el cráneo es mortal, quien lo empujó debió ver a la víctima inmóvil sobre la alfombra. Y debió cerciorarse de que estaba muerto. Y si ya estaba muerto..., ¿para qué clavarle el cuchillo en el corazón? No tiene sentido, ¿verdad?

—De acuerdo a la lógica, no. Pero he visto en este asunto varias cosas que no parecen tener ninguna lógica.

—En cambio, sí puede ser lógico que primero le atacasen con el cuchillo y que se rompiese la base del cráneo al caer.

—A mi modo de ver, sí, tiene más lógica. Y sentido.

—Bien... —reflexionó Emerson—. Pero entonces, eso significaría lo siguiente: el asesino estaba conversando con la víctima teniendo ya en su poder el cuchillo de cocina; por lo que sea, dado este detalle, debemos pensar que estaba dispuesto a matarlo, que lo tenía planeado. Así pues, llegó a la casa, se sentó en el sofá con la víctima; estuvieron tomando *whisky*, eso parece bien claro; de pronto, el asesino entra en acción, atacando a la víctima..., o bien, cuando saca el cuchillo, la víctima lo ve, se pone en pie... y recibe la cuchillada entonces. Cae y se rompe la base del cráneo. ¿Sí?

—Si ustedes demuestran que el cuchillo es de esta casa, parece que así pudo ser, en efecto —asintió el forense.

—Ya verá como será así. Pero volvamos al asunto: Thomas Larsen está muerto, sobre la alfombra, con un cuchillo clavado en el corazón y la base del cráneo rota. ¿Qué hace entonces el asesino? No roba nada, no toca nada..., pero se entretiene poniéndole una flor en la mano derecha, un zapato en la izquierda, una sortija en la boca, un libro abierto sobre el vientre, desparrama todo un mazo de naipes alrededor del cadáver, le ata una corbata por debajo de la rodilla izquierda, le da la vuelta a todos los cuadros y llena de naranjas la repisa de la chimenea. ¿Esto tiene sentido?

—En absoluto.

—Oh, y me olvidaba: le mete una pipa por la nariz. ¿Todo eso lo hace después de matar a Thomas Larsen?

—¿Adónde quieres ir a parar? —exclamó Mac Craig—. ¡No estarás pensando que todo esto estaba preparado antes de matarlo!

—No lo sé, pero yo no me entretendría haciendo todas esas cosas después de matar a una persona. ¿Y usted, señor?

—Tampoco —refunfuñó Mac Craig.

El forense sacudió una mano.

—¡Fiuuu! Bueno, ya se las arreglarán con eso. Yo, a lo mío. Nos llevaremos el cadáver ahora mismo y les presentaré mi informe cuanto antes. Buena suerte.

—Adiós —masculló Mac Craig.

Emerson estaba pensativo, fruncido el ceño. Continuó hablando como si no se hubiese interrumpido el curso de sus pensamientos.

—Y luego, esa llamada al Departamento... ¿Debemos pensar que el asesino ha llamado después de toda una noche de remordimiento?

—Es posible..., ¿no?

—No. La persona que ha hecho esto no es de esa clase. No ha pasado mala noche, en absoluto. Simplemente, nos ha llamado por la mañana porque eso entraba dentro de sus planes. ¿La puerta de la casa estaba abierta o cerrada?

—Ajustada, simplemente. Lo que, en efecto, bien podría significar que quiso ahorrarnos molestias. Pero eso no encaja con las demás extravagancias: la flor en la mano, la sortija en la boca, la corbata... ¿Por qué nos habría de facilitar las cosas por un lado y complicárnosla tanto por otro?

—Debe haber una explicación.

—¿Sí? Bueno, pues búscala. El paquete es tuyo, Emerson.

—Muy agradecido.

No hubo ironía en el agradecimiento de Emerson Block, y Mac Craig así lo interpretó. El cadáver fue levantado pocos minutos más tarde, y trasladado a la Morgue en una de sus camionetas. Los de Huellas pasaron más tarde al despacho, para proseguir allí su trabajo, en busca de huellas que pudiesen estar relacionadas con las encontradas en el salón.

Conseguida la autorización judicial, Emerson comenzó a pensar

en cómo abrir la caja fuerte. Mientras tanto, abría y cerraba cajones de la mesa del despacho, en el cual habían terminado los de Huellas. Y la solución fue simple: en el cajón central de la mesa encontró un manojo de llaves, una de las cuales era la de la caja fuerte, lo que fue muy fácil de comprender, pues en el aro tenía grabada la combinación.

La caja fue abierta por Emerson, en presencia de Mac Craig y de un ayudante del fiscal. Dentro había dinero, documentos, algunas acciones, una pistola del año del diluvio, una caja de cigarros puros medio llena, un viejo reloj de pulsera de oro y varias libretitas pequeñas, de flexibles tapas negras.

Todo ello fue depositado sobre la mesa y examinado por Emerson Block, en silencio. En definitiva, lo único que le llamó la atención fueron las libretitas de tapas negras y flexibles. En la primera página de cada una de ellas había un nombre, en gruesos trazos mayúsculos, y debajo, un número de teléfono. Las siguientes páginas de cada libreta sólo tenían anotadas fechas y cifras. Tal día, dos mil dólares; tal día, tres mil quinientos; tal día, diez mil... ¿O los números no eran dólares?

Los nombres de las libretas eran: Ben Aswell, Katy Serling, William Karr, Walter Finch, George Taylor.

Emerson Block movilizó a los detectives que llegaron para secundarle en su trabajo: quería saber todo lo que se pudiera saber sobre la víctima, Thomas Larsen, y que localizasen las direcciones a que correspondían los números de teléfonos de los cinco personajes que merecían cada uno una libretita. Si conseguían esto último por medio del listín telefónico, bien; si no, que espabilasen. Por muy privados que fuesen aquellos números, él quería localizar a aquellas cinco personas. ¿Okay? Okay.

Había que buscar huellas en el jardín, también: de pies o de neumáticos, de todo. Y registrar bien la casa... Mac Craig decidió regresar al Departamento, seguro de que el caso quedaba en muy buenas manos.

Emerson salió a la puerta de la casa a despedirlo. Luego, encendió un cigarrillo y se quedó mirando hacia el canal. El asesino podía haber llegado por allí, en una lancha. Claro que también podía haber llegado en coche. O a pie... ¡Una pipa metida en la nariz de la víctima! ¡Vaya pista! El cuchillo, desde luego,

correspondía al juego de cubertería de cocina hallado en ésta.

Emerson estaba rascándose la nuca, con el cigarrillo colgando en un lado de la boca, cuando se quedó mirando la casa vecina, a su derecha. Luego miró hacia la izquierda, donde también había otra casa parecida, bonita, alegre, con jardín... Coral Gables es un buen sitio para vivir.

Tras vacilar, se dirigió hacia la casa de la derecha. Pero nadie contestó a sus repetidas llamadas. Fin de semana, tiempo de divertirse. Salió a la acera y se dirigió hacia la casa de la izquierda.

Apretó el timbre.

Allí sí le abrieron la puerta.

Una preciosidad... ¡Una preciosidad!

CAPÍTULO II

Era rubia. Rubia como el sol y el oro, rubia como el más rubio de los ángeles, con una carita preciosa, unos ojos azules grandiosos, una boquita tierna y sonrosada, una sonrisa deliciosa embellecida por dos hoyuelos en la mejilla... Una verdadera preciosidad.

Debía de tener ocho o nueve años.

—¿Diga, señor? —preguntó la niña, sonriendo.

—Hola —sonrió también Emerson—. ¿Está tu papá en casa?

—No, señor.

—Bueno. ¿Tu mamá?

—No, señor. Se fueron hace tres días de viaje. Papá es médico, y tuvo que ir a no sé qué cosa importante a Los Ángeles. Yo estoy sola con tía Elinor.

—¡Ah! ¿Podría recibirme tía Elinor? ¿O te parece que voy a molestarla?

—Se lo preguntaré. Usted es uno de esos hombres que están entrando y saliendo de la casa del señor Larsen. ¿Es policía?

—Pues sí... Sí, soy policía.

—¿Y lleva pistola?

—En este momento, no.

—¡Oh! —se decepcionó la niña—. Los he estado viendo por una ventana. ¿Le ha pasado algo al señor Larsen?

—Mmmm... Digamos que no se encuentra bien. ¿Cómo te llamas?

—Cecily..., pero todos me llaman Cissy.

—Me parece adecuado. ¿Quieres avisar a tía Elinor, Cissy?

—Sí, señor. ¿Quiere entrar o prefiere quedarse fuera?

—Lo que tú digas. —Sonrió Emerson.

—Entonces, entre.

—Eres muy amable.

Block entró en la casa, la niña cerró la puerta y corrió hacia el interior, llamando a tía Elinor a gritos.

Cuando apareció tía Elinor, Emerson Block estuvo a punto de caer de espaldas contra la puerta. Tía Elinor parecía una copia de Cissy, sólo que con quince o dieciséis años más de vida... y de desarrollo físico. Alucinante. ¡Alucinante!

—Cissy, no debes gritar. ¡Está muy feo!

—Es que si no hubiese gritado no me habrías oído, tía Elinor.

—Pues subes arriba y así no has de gritar. ¿De acuerdo?

—Sí, tía Elinor... ¡Hay un policía que quiere hablar contigo!

Tía Elinor había visto ya a Emerson Block, y a decir verdad, no le había quitado la vista de encima mientras reprendía cariñosamente a Cissy. Al oír la palabra «policía» se limitó a alzar las cejas, sorprendida, y Emerson comprendió que era debido a su indumentaria, deportiva y despreocupada.

—Muy bien, Cissy. Ahora ve arriba a poner en orden tu habitación.

—¡Pero si está en orden! Además, estaba leyendo uno de los libros de cuentos que me trajiste el otro día...

—Bueno, entonces ve a buscar el libro de cuentos, subes a tu habitación y continúas leyendo. Y fíjate bien en lo que lees, porque luego te haré muchas preguntas.

—Pero, tía Elinor...

—Por favor, querida.

—Sí, tía Elinor. —La niña se volvió—. ¡Adiós, señor!

—Adiós, Cissy —sonrió Emerson.

Segundos después, la niña subía a toda velocidad las escaleras, llevando su libro de cuentos. Emerson la estuvo mirando, sonriente, y luego miró a tía Elinor, que le contemplaba muy atentamente, como sorprendida, absorta quizá.

—Es una niña preciosa —aseguró Emerson.

—Lo mismo pienso yo —asintió tía Elinor—. ¿En qué puedo servirle, señor...?

—Emerson Block, sargento detective. Homicidios.

—¿Homicidios? —musitó tía Elinor.

—Sí. Cissy ha estado mirándonos por una ventana. ¿Usted no, señorita...?

—Elinor Mayfield. ¿Mirarles? No. Estaba arriba, estudiando. Y cuando estudio, no veo ni oigo nada... ¿De qué se trata?

—¿Estaba usted... estudiando? Bueno...

—¿Le parece sorprendente que una mujer de mi edad esté estudiando último curso de Medicina?

—¡Ah!, Medicina... No, claro que no. Entiendo que usted y su sobrina están solas en la casa, señorita Mayfield.

—Así es. Mi hermano, el padre de Cissy, es médico. Tuvo que salir de viaje para asistir a una convención médica, y decidió aprovecharlo para tomarse unas cortas vacaciones con su mujer. A mí me pareció estupendo que me llamasen para quedarme unos días con Cissy, porque... ¿Les ha ocurrido algo a...?

—No, no —respingó Emerson—. No se trata de su hermano ni de su cuñada, señorita Mayfield. ¿De verdad no se ha enterado usted de que tiene a la policía en la casa de al lado? En la del señor Larsen.

—No me entero de nada cuando estudio, ya se lo he dicho. ¿El señor Larsen? ¿Le ha ocurrido algo?

Emerson Block estaba mirando fijamente aquellos grandes y hermosos ojos azules. Había en ellos tal inteligencia, que le pareció absurdo perder el tiempo con rodeos.

—Lo han asesinado.

Elinor Mayfield se mordió los labios, y por un instante sus ojos se abrieron más de lo normal.

—Dios mío... Sí, claro, si usted es de Homicidios... ¿Asesinado? ¡Pobre señor Larsen! Por favor, pasemos a la sala, sargento.

—Gracias. —Emerson caminó junto a Elinor—. Supongo que la estoy molestando, pero serán sólo unos minutos. Estuve antes en la otra casa vecina a la del señor Larsen, pero parece que no hay nadie.

—¡Ah, sí! Los Carmody... Se fueron ayer por la tarde, a pasar el fin de semana no sé dónde. Tienen dos niños, y algunas veces se llevan a Cissy, pero yo pensé que mi hermano preferiría que en su ausencia la niña se quedase en casa conmigo.

—Es natural —asintió Emerson—. ¿A qué hora se fueron los Carmody?

Elinor señaló uno de los sillones a Block, pero ella se acercó a la ventana, y se quedó mirando hacia la casa de Larsen. Block pensó

que por aquella misma ventana los había estado viendo Cissy... Permaneció en pie, naturalmente, esperando que se sentase Elinor. Ésta se volvió, al fin, con mirada absorta.

—Le preguntaba —insistió Emerson— si sabe usted a qué hora se fueron los Carmody.

—No sé exactamente... Hacia las seis, más o menos. Estoy pensando... Bueno, anoche, el señor Larsen tuvo una visita. Un hombre.

—¿A qué hora? —se interesó vivamente Emerson.

—No sé a qué hora llegó... De eso no me di cuenta. Cissy y yo cenamos a eso de las siete. Luego, mientras ella veía la televisión, yo estuve en la cocina, poniéndolo todo en orden. Le había prometido que estaría viendo televisión con ella hasta las nueve, y que luego ella se acostaría y yo me pondría a estudiar... Las ocho. Sí, debían ser las ocho cuando saqué la basura, para dejarla en el cubo grande de afuera. La recogen bastante más tarde, pero pensé que así ya no debía preocuparme por eso... Las ocho, sí. No creo equivocarme en mucho.

—No se equivoca. A esa hora, aproximadamente, mataron al señor Larsen, según el forense. ¿Vio usted bien al hombre?

—Bastante bien. Al principio no me di cuenta de que había un coche detenido delante de la casa del señor Larsen. Estaba pensando en mis cosas, así que no me fijé en nada. Dejé la basura en el cubo grande, y volví hacia la casa. Cuando estaba a punto de entrar, la puerta de la casa del señor Larsen se abrió, y salió un hombre, que fue hacia el coche...

—El señor Larsen no salió, claro.

—No. Bueno, si ya estaba... Quiero decir...

—Sin duda alguna, ya estaba muerto. ¿Se dio usted cuenta de si el hombre que salió de la casa cerraba la puerta?

—La verdad es que no me fijé en eso. Cuando se abrió la puerta vi la luz, que iluminó una parte del jardín. No es que estuviese mirando hacia la casa, pero sí miré cuando apareció la luz...

—Lo comprendo muy bien, señorita Mayfield.

—Pensé que sería el señor Larsen, y que debía saludarlo. Es..., era un hombre muy amable y muy educado. No lo conocía mucho, pues yo vivo en Miami, y sólo vengo aquí en ocasiones como ésta, o algunas pocas veces de visita. Pero mi hermano y mi cuñada

siempre me hablaban bien de él. Quería mucho a Cissy. Vivía solo, y Cissy iba a su casa a menudo. El señor Larsen le contaba divertidas historias, y siempre le regalaba caramelos, o cuentos, y hasta alguna muñeca. Cissy dice que quiere mucho al pobre señor Larsen, siempre tan sólo... Oh, ¿cómo le digo esto a Cissy, sargento?

—Por el momento, no me parece necesario hacerlo.

—Sí, será lo mejor. Le estaba explicando lo del hombre. Lo vi al volver la cabeza cuando vi la luz. El hombre se volvió, apagó la luz del vestíbulo y cerró la puerta...

—¿La cerró? ¿Está segura? ¿La cerró con llave?

—¿Con llave? No. Simplemente, cerró... Quiero decir que atrajo la puerta, y para mí, pues eso es cerrar una puerta.

—Entiendo. ¿Qué más?

Elinor Mayfield se sentó por fin, y Emerson la imitó. Si no hubiese sido tan sobrio y serio, habría hecho algún gesto por leve que fuese al ver las magníficas piernas de Elinor. Como era serio y sobrio, simplemente, tomó muy buena nota de ello..., como había tomado ya buena nota de que estaba ante una preciosidad sin límites.

—Cerró la puerta y se fue hacia el coche. Entró en éste y se marchó.

—¿Pudo ver la matrícula?

—La verdad es que ni se me ocurrió mirarla. ¿Por qué debía hacerlo?

—Claro. ¿Cómo era el hombre?

—Lo vi más bien de perfil, mientras caminaba por el senderillo hacia la acera. La iluminación es buena en esta avenida... Me pareció un hombre corriente. Algo menos de metro ochenta, cabellos un poco más largos que los de usted, bien vestido, buena figura. No creo que tenga más de cuarenta años. Me parece que no puedo decirle nada más.

—¿Reconocería a ese hombre si lo volviese a ver?

—¡Oh, eso desde luego! Con toda seguridad. ¿Es el asesino ese hombre?

—Todo parece indicarlo así. ¿Lo había visto antes alguna vez?

—No, nunca. Ya le he dicho que no vengo mucho por aquí. Estoy muy ocupada estudiando. No me gusta perder el tiempo ni el dinero.

—Me parece una actitud inteligente. ¿Sabe usted a qué se dedicaba el señor Larsen?

—No tengo ni idea. Pero, seguramente, Patrick y Martha sí deben saber algo, pues hace tiempo que son vecinos. Si fuese necesario, podría llamarlos por teléfono a Los Ángeles.

—Vamos a esperar, por si la policía consigue esa información por sus propios medios. Si no he entendido mal, su hermano y su cuñada hablaban en ocasiones del señor Larsen.

—Sí.

—Le voy a mencionar unos nombres, señorita Mayfield. Son nombres relacionados con el señor Larsen, así que quizá su hermano y su cuñada pudieron mencionarlos alguna vez. Si alguno de ellos le recuerda algo, interrúmpame en el acto. Los nombres son: Ben Aswell, Katy Serling, William Karr, Walter Finch, George Taylor... ¿No?

—No. Lo siento.

—Por favor... Me está ayudando mucho. ¿Cuándo vuelve su hermano?

—No creo que lo haga antes del jueves próximo. De todos modos, me avisarán antes.

—Son muchos días. Quizá tenga que pedirle que los llame.

—Estoy a su disposición, sargento.

—Es usted muy amable. —Emerson se puso en pie, y Elinor hizo lo mismo, comprendiendo que el serio y apuesto policía se marchaba—. Y no quisiera abusar de ello. Me refiero a que posiblemente tengamos que llamarla en cualquier momento para que identifique al hombre que vio salir de la casa del señor Larsen. ¿Lo haría usted?

—Naturalmente.

—Muchas gracias. Bien, ya no la molesto más. Sólo voy a pedirle un último favor: si recordase algo más sobre esto, no vacile en llamarme al Departamento. Pida por...

—El sargento Emerson Block —sonrió Elinor—. Lo recuerdo bien, sargento.

Emerson se quedó un instante contemplando como embozado la sonrisa de Elinor. Vaciló, asintió con un gesto, y se dirigió hacia la puerta.

—Adiós, señorita Mayfield. Despídame de Cissy, por favor. En

verdad que es una niña encantadora.

—Todo el mundo está de acuerdo en eso —rió Elinor.

De nuevo embobado, Emerson Block masculló:

—No sé cuánto debe parecerse Cissy a su padre, pero sí sé que, salvando la diferencia de edad, es idéntica a usted. Buenos días, señorita Mayfield.

CAPÍTULO III

Hacia las cuatro y media de la tarde, Emerson Block, ya vestido del modo habitual y portando su arma reglamentaria, apareció en el despacho de Mac Craig. Naturalmente, había novedades. Thomas Larsen, en efecto, había muerto hacia las ocho de la noche pasada, pero el forense no había podido determinar si la muerte se había producido por la cuchillada en el corazón y luego se había roto la base del cráneo al caer, o viceversa.

Se había comprobado, sin lugar a dudas, que la sortija con rubí encontrada en la boca de Larsen era de él: encajaba perfectamente con la señal más clara en su dedo meñique de la mano izquierda. Pero, aparte de su buen precio, la sortija no tenía absolutamente nada de especial.

—¿A qué se dedicaba el señor Thomas Larsen?

—A nada.

—¿Cómo a nada? —Gruñó Emerson—. Todos nos dedicamos a algo, señor.

Mac Craig movió negativamente la cabeza.

—No tenía empleo, ni estaba jubilado. No se sabe nada en absoluto de sus actividades. Pero Harris estuvo en su Banco. ¿Quieres saber cuál es su saldo?

—¿Cuál? —entornó los párpados Emerson.

—Casi dos millones de dólares... Exactamente... —Tomó un papel que tenía sobre la mesa—, un millón novecientos doce mil trescientos quince dólares con ochenta y cinco centavos.

Emerson parpadeó.

—Y parece que no se llevaron nada de la caja... —susurró—. ¿Tiene herederos?

—Que sepamos hasta el momento, no. Eso simplificaría mucho

las cosas, ¿verdad?

—Mucha gente mata para heredar —asintió Emerson—. Aunque no parece que éste sea el caso que nos ocupa. De todos modos, habrá que buscar la posible existencia de herederos. Y si existen, les preguntaremos dónde estaban anoche a las ocho... Tengo un testigo.

—¿Quién? —exclamó Mac Craig.

—Se llama Elinor Mayfield. —Emerson sonrió—. Tía Elinor. Vio al asesino salir de la casa de Larsen, anoche, a las ocho. Ella había salido para...

Emerson informó a Mac Craig de la conversación sostenida con Elinor Mayfield. Cuando terminó, Mac Craig sugirió:

—Quizá sería buena idea que esa muchacha llamase a su hermano a Los Ángeles para preguntarle cosas sobre Thomas Larsen.

—Nada me complacería tanto como volver a ver a tía Elinor —aseguró Emerson, frunciendo el ceño como queriendo ocultar su sonrisa—, pero ¿qué tal si antes intentamos algo con las libretas? Puesto que Larsen tenía casi dos millones de dólares, podemos pensar que las cantidades anotadas en esas libretas son interesantes.

—¿Estás pensando en un chantaje múltiple, Emerson?

—¿Por qué no? En cada una de las libretas sólo hay fechas y cantidades. ¿Por qué no hemos de relacionar esas cantidades con los dos millones de dólares de Larsen?

—Tienes razón. A fin de cuentas, cuatro de las libretas corresponden a otros tantos hombres... Y la señorita Mayfield vio salir a un hombre de la casa, a las ocho. Pudo ser uno de los cuatro. Naturalmente. —Mac Craig empujó una cuartilla hacia Emerson, por encima de la mesa—, ya tenemos todos los datos de esos teléfonos privados.

—¿De modo que no constan en el listín?

—No. Son privados, ya te lo he dicho.

—Bien. No sé, no acaba de gustarme esto del chantaje. Según la señorita Mayfield, Thomas Larsen era un hombre educado y amable, muy afectuoso...

—¡Vamos, Emerson, vamos! —bufó, según su costumbre, Mac Craig.

—Está bien. Era una tontería por mi parte, claro. Sabemos de

muchos asesinos que eran gente amable y educada, y muy cariñosos con los niños, y todas esas cosas. ¿Recuerda a Alan Flack? Lo capturamos el día en que estaba ayudando a una anciana a cruzar la calle... De acuerdo, procederemos como si Larsen fuese un chantajista. Sólo que...

—¿Qué?

—Si visitamos oficialmente a esas personas, ninguna admitirá nada ante la policía. Incluso pueden negar que conociesen a Thomas Larsen. ¿Que cómo están sus nombres y teléfonos privados en otras tantas libretas de Larsen? ¡Y a ellos qué les contamos!... Ni siquiera tenemos la fuerza de haber encontrado documentos o cualquier clase de prueba contra ellos. Si Larsen tenía esos documentos, debía mantenerlos en algún lugar secreto.

—La casa ha sido registrada a conciencia, Emerson.

—¿Sabemos si tenía alquilado algún compartimento en su Banco?

—No tenía nada. Sólo la cuenta. Pero, evidentemente, si Larsen se dedicaba al chantaje, debe tener pruebas de algo en alguna parte. Seguiremos buscando. En cuanto a las huellas, se está trabajando en ello. A propósito de huellas, hablemos de las del jardín: ¿qué opinas sobre las de unos zapatos de mujer? Es evidente que una mujer visitó a Thomas Larsen. Lo que no sabemos es cuándo.

—He estado reflexionando sobre ello —admitió Emerson—. Y pienso que, muy posiblemente, la cuñada de Elinor Mayfield pudo ir a despedirse de Larsen antes de partir hacia Los Ángeles.

—Como teoría, es buena, pero habría que asegurarse.

—Bueno. Llamaré a tía Elinor. Quizá lo sepa.

Emerson sacó su libreta de notas, echó un vistazo a una página y comenzó a marcar un número, Mac Craig, que le miraba sorprendido, preguntó de pronto:

—¿Tienes anotado el número de la señorita Mayfield?

—Lo busqué antes en el listín. Me pareció que sería bueno tenerlo, por si la necesitaba para alguna identif... ¿Señorita Mayfield? Soy el sargento Block. ¿Me recuerda?

—¡...!

—Es usted muy amable. Perdón que la moleste unos segundos, pero tenemos un pequeño punto pendiente que quisiéramos aclarar. ¿Sabe usted si su cuñada fue a despedirse del señor Larsen antes de

partir a Los Ángeles?

—...

—Naturalmente. —Block tapó el micro con la mano y miró a Mac Craig—. Dice que no la vio hacerlo, pero que quizá su cuñada fue a despedirse antes de que ella llegase. Se lo va a preguntar a la niña. Le gustaría conocer a Cissy, señor. Es un querubín.

—¿Y la tía Elinor?

—Lo mismo, pero con veinticuatro años. Está... Sí, señorita Mayfield, diga.

—...

—¡Ah! Sí, bien, muchas gracias. No, no, nada importante. Complementos rutinarios de investigación. Muchas gracias. ¿No ha recordado usted nada nuevo?

—...

—Bueno, paciencia. Gracias de nuevo y hasta otra.

—¿Qué ha dicho? —se interesó Mac Craig, mientras Emerson colgaba el auricular.

—Martha Mayfield fue a despedirse de Larsen, en efecto, antes de que ella llegase a la casa.

—Okay. Volvamos entonces a lo de las libretas, ya que no tenemos nada más. Estabas diciendo algo al respecto, ¿no?

—Decía que si esas cinco personas estaban pagando un chantaje, lo negarán. Sería absurdo que hubiesen estado pagando a Larsen para mantenerlo callado, y que ahora se lo contasen todo a la policía.

—En efecto —aprobo Mac Craig—. ¿Y...?

—Pues pienso, señor, que no tiene por qué ser la policía quien vaya a visitar a esas personas.

—Ya. —Mac Craig vaciló, pero acabó por asentir, aunque no muy convencido—. Está bien, hazlo, Emerson. Pero ten mucho cuidado. No sabemos con qué clase de asuntos puedes encontrarte.

Emerson Block asintió, recogió la cuartilla con las direcciones y datos conocidos de aquellas cinco personas y se la metió en un bolsillo, repartíéndose en los otros las cinco libretitas.

* * *

Eran casi las cinco y media cuando Emerson Block detenía su

coche particular ante el precioso chalet en North Hibiscus Drive, en la Hibiscus Island.

Durante unos segundos, estuvo mirando la casa, reflexionando sobre si había elegido bien su primer contacto. La elección había recaído sobre la mujer, Katy Serling. Pero no caprichosamente, sino por cierta lógica: siempre era más fácil de intimidar a una mujer que a un hombre. Ello significaba, en cierto modo, un abuso de personalidad por parte de Block, pero considerando que no iba a presentarse como policía, y que se había cometido un asesinato, decidió que el fin justificaba los medios.

Se apeó, y fue hacia el bonito buzón sostenido sobre un soporte metálico. Era una monería de buzón, réplica idéntica de la casa, a escala reducida, por supuesto. La ranura para recepción de la correspondencia era la puerta, y en ella, aparte de un par de sobres que parecían de publicidad, sobresalía un periódico. Lo cual significaba que Katy Serling aún no había leído la noticia de la muerte de Thomas Larsen. Miel sobre hojuelas.

Generalmente, es poco menos que imposible ocultar un asesinato a la Prensa, pero, del mal, el menos. Era evidente que *miss* Katherine Serling aún no conocía la noticia. A menos que se hubiese enterado por otro conducto.

Recorrió el sendero graciosamente flanqueado por arbustos de flores y llamó a la puerta. Hibiscus Island, en las Venetian, era un lugar privilegiado para vivir. Hermoso, rodeado de mar, silencioso, siempre florido... Si Katy Serling vivía allí no cabía la menor duda de que tenía dinero en considerable abundancia. Lo cual podía encajar con un chantaje.

La puerta se abrió y apareció la mujer.

La primera impresión que tuvo Emerson Block fue la de estar contemplando a una cerdita envuelta en celofán. Ni más ni menos: una cerdita envuelta en celofán. La cerdita debía tener unos cuarenta años, y se la podía definir (lógicamente) como una jamona impresionante. El celofán era una extraordinaria y extravagante camisa de dormir, o algo parecido, de una transparencia total. Es decir, que de un vistazo, Emerson entró en conocimiento de todos los generosos y macizos detalles anatómicos de Katy Serling.

—¿Sí? —sonrió ella.

—Perdón —murmuró Emerson—. Puedo esperar aquí hasta que

usted se vista, señorita Serling. ¿Es usted la señorita Serling, supongo?

—Lo soy, buen mozo. Pasa.

—Esperaré a que...

—Tonterías... —rió ella—. ¡Pasa, cariño!

Emerson Block era sobrio y serio, pero no precisamente tímido. Así que entró en la casa. La cerdita cerró la puerta y se volvió hacia él, con gesto expectante. Luego se pasó las manos por la regordeta cara y acabó bostezando.

—Estaba durmiendo —confesó—. Mi horario no es simpático, pero a todo se acostumbra una. ¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—Bueno, de todos modos, me habría tenido que levantar ya pronto. ¿Nos conocemos?

—Hasta ahora, no —sonrió Emerson.

—Pero siempre se está a tiempo, ¿verdad? —volvió a reír la Serling—. Bueno, pasa. Para ti debe ser hora de tomar un trago. ¿Qué quieres beber?

—Vodka.

Katy Serling lo miró estupefacta.

—Atiza, vodka... Pues no sé si tengo, guapo. ¡Vaya si eres guapo...! Pero no guapo a lo soso, ¿comprendes?

—No muy bien.

—Sí, hombre. Mira, hay tipos por ahí que son mucho más guapos que tú, pero... ¿cómo te lo diría?... están vacíos. Son caras que lo mismo podrían ser paredes lisas. ¿Captas ahora?

—Bueno —casi rió Block—, cuando menos estoy seguro de no tener cara de pared.

—Qué va, qué va, amorcito... Tienes cara de hombre a lo bestia, si comprendes lo cariñoso de esta expresión.

—Me hago una idea —asintió Emerson—. Dime una cosa: si no nos conocemos..., ¿por qué me recibes tan amablemente?

Katy lo miró de nuevo estupefacta.

—Eres un hombre, ¿no?

—Ésa es mi impresión.

—En todos los sentidos, ¿no?

—Eso es demostrable.

—Pues para mí ya es suficiente. Desde niña comprendí que el

animal más hermoso de la creación es el hombre. Aunque no siempre el más listo, eso hay que admitirlo. Pasa, hombre... ¡No voy a traerte el vodka aquí!, ¿verdad?

—No quisiera molestarte tanto. ¿Estás sola?

—Sola como una vieja mona. Sí —suspiró—, ya soy vieja, cariño. Por lo tanto, debo resultarte desagradable. ¿A que sí?

—Pues francamente, no. Lo que ocurre es que estás demasiado gorda, Katy. Por lo demás, resultas agradable: tienes bonitos ojos, una boca sugestiva, dentadura sana... Además, aunque en general prefiero las rubias, siempre me gustaron las pelirrojas, digamos como... variedad.

—¡Ay, Dios mío! —Alzó Katy los ojos hacia el techo—. ¡Qué hombre tan encantador!

—¿Te parezco encantador aunque te haya llamado gorda?

—¡Pero amor mío, si ésa es la verdad! ¿Por qué no habrías de decirla? ¡Estoy gorda como una vaca, lo sé! Pero no creas que es una gordura blanda, ¿comprendes? ¡Aquí no hay nada blando!

—Todo duro como una piedra —elogió Emerson—. Decididamente, Katy, estás monísima. Estás como para hacer cualquier cosa por ti. Como por ejemplo, el de cortarte la cebolla, para que no tengas que hacerlo tú y evitar así que te lloren los ojos.

Katy Serling rompió a reír, y todas sus prietas carnes iniciaron sólidos estremecimientos y saltos.

—¡Qué tío! —Hipó—. ¡Qué tío más simpático...! ¡Voy a servirte vodka aunque tenga que fabricarlo yo misma! Tú siéntate ahí —señaló un sillón—, hazte cuenta de que eres un rey, y yo te serviré como tu esclava.

—Buena idea. Yo soy partidario de que un hombre debe pasar por todas las experiencias posibles. Y nunca había tenido una esclava.

—¿Quién te ha dado esta dirección?

—Un buen amigo nuestro.

—Muy bueno ha de ser, para que te haya enviado directamente a mi domicilio. Lo cual debe significar que deseas algo muy muy especial.

—¿Por ejemplo?

—¡Oh, lo que te venga en gana...! —rió Katy, acercándose con dos vasos completamente llenos de vodka—. Pero supongo que si

estás aquí es para un pedido grande, cariño. ¿Cuántas?

—Cuantas..., ¿qué?

—¿Cuántas terneritas quieres? Pero te advierto que no habrá trato hasta que me digas quién te ha enviado. Ya sabes cómo son estas cosas, ¿verdad?

—Sí, claro —asintió Emerson, que no entendía nada—. Oye, aquí hay mucho vodka y poco hielo. Mejor dicho: nada de hielo.

—¿Te gusta con hielo? ¡Pero haberlo dicho, cariño...! ¡Te lo traigo ahora mismo! Bueno, ante todo vamos a hacerle sitio al hielo, claro está.

Sin más, Katy Serling se bebió prácticamente la mitad del contenido del vaso de Emerson Block, sin pestañear. Emerson estaba en su turno de estupefacción, contemplando la fácil, veloz y placentera ingestión de semejante cantidad de vodka a palo seco.

—No me extraña que estés tan gorda, Katy —reprendió, con tono afectuoso—: el alcohol engorda mucho.

—Me tiene sin cuidado. Estoy gorda, pero interesante. ¿O no te parezco interesante?

—Más bien sí.

—Te has ganado el hielo.

Fue al bar, abrió la compuerta del refrigerador, y sacó unos cubitos de hielo, que echó en el vaso de Emerson. Volvió ante éste, le tendió el vaso, y luego, sin más complicaciones, se sentó en las rodillas del sargento detective, sepultándolo en el sillón.

—Y además —dijo—, puedes pedir todo lo que quieras.

—Pues... francamente —jadeó Emerson—, lo que me gustaría pedir es... Una flauta.

—¡Todos los hombres sois unos flojos! —rió una vez más Katy—. ¡Pero tú eres simpático! ¿Te peso demasiado?

—Hijita, estás como un tren... de pesada.

De nuevo rió Katy Serling. Se puso en pie, y fue a verter su rozagante humanidad en otro sillón, mientras Emerson pensaba que sólo con aquello se había ganado el trago de vodka. Mientras bebía, se dio cuenta de que Katy le miraba fijamente, entornados los hinchados párpados. Estaba sin peinar y sin pintar, pero, en honor a la verdad, no resultaba desagradable, ni mucho menos. Sus ojos eran verdes, relucientes... Sí, relucientes como los de una vieja gata desconfiada.

—Bueno, pues ya has bebido —sonrió ella de pronto—. Y ahora, canta, pichoncito mío. ¿Quién te ha enviado directamente a mi casa?

—Me parece —sonrió Emerson—, que voy a darte un disgusto, Katy: me ha enviado Thomas Larsen.

Katy, que tenía el vaso cerca de la boca, quedó inmóvil, y pareció clavar la mirada en Emerson, como si cada ojo fuese un auténtico dardo.

—No es verdad —dijo.

—Es verdad.

—¿Cuándo? ¿Cuándo te dijo Thomas que vinieras a verme y para qué?

—Esta mañana. Estuvimos almorzando juntos, y me habló de ti.

—No te creo.

Emerson encogió los hombros. Metió la mano derecha en el bolsillo de aquel lado de la chaqueta, y sacó la libreta de Katy Serling, que ya había preparado allí. La mostró en alto, sonriendo.

—¿Conoces esta libreta?

—No.

—¿De verdad, que no? Bueno, pues échale un vistazo, cariño.

La tiró hacia ella, acertando su regazo. Katy dejó el vaso de vodka, tomó la libreta, y la hojeó. Luego, miró la primera página. Estuvo unos segundos pensativa, antes de volver a mirar a Emerson.

—Está bien —murmuró—. ¿Qué recado te ha dado Thomas para mí?

—Eres tú quien tiene algo para mí, espero. La libreta habla por sí sola, ¿no te parece?

—¿Vienes a por dinero?

—¡A ver...!

Otra vez quedó Katy pensativa, baja la mirada. Por su parte, Emerson Block sólo esperaba que ella le entregase dinero. Si lo hacía, estaba lista: se la llevaría al Departamento, y allá tendría que decir por qué entregaba periódicamente cantidades bastante importantes al fallecido Thomas Larsen. Y tendría que explicar dónde estuvo la noche pasada a las ocho. Y tendría que hablar de los demás personajes con libreta.

—De acuerdo —alzó ella la cabeza de pronto—: Te daré lo que tengo hasta ahora.

—¿Cuánto?

—Siete mil.

—No es mucho. A Larsen no le va a gustar que me pagues menos que a él. Las cantidades anotadas en tu libreta sobrepasan siempre los diez mil dólares, cariño.

—En casa sólo tengo siete mil.

—Está bien. Me resultas simpática, así que calmaré a Larsen. Pero espabila, cerdita. ¿Okay?

—Okay.

Con un gesto súbitamente fatigado, Katy se puso en pie, dejó la libreta en el sillón, y fue hacia la librería. Abrió un cajón, y sacó unos fajos de billetes. Emerson la contemplaba en silencio. Era una mala jugada, pero todos los trucos son buenos para descubrir un asesinato. Katy se volvió, con los fajos de billetes, haciéndolos pasar entre sus gordos dedos manicurados en color verde. Alzó las cejas, sorprendida, y se volvió de nuevo hacia el cajoncito abierto. Sacó unos papeles, un libro, un paquete de cigarrillos...

—Ah, aquí está el que faltaba...

Se volvió velozmente, haciendo oscilar su enorme y maciza silueta.

Emerson Block vio la pistola una fracción de segundo antes de que Katy Serling apretase el gatillo.

Plop, chascó el disparo con silenciador.

¡Crack!, restalló la bala por encima de la cabeza de Block mientras ésta caía hacia atrás tras impulsar el sillón con las piernas.

Rodó por el suelo, se puso en pie de un salto, y miró con expresión desorbitada hacia la gorda. La vio palidísima, pero el brazo en alto, apuntándole de nuevo a él.

Plop.

Block lanzó un alarido cuando notó aquella especie de latigazo en el costado derecho, dio media vuelta, y cayó de bruces. Sin pensarlo, rodó hacia la izquierda, a tiempo de esquivar la tercera bala, que rebotó con agudo sonido vibrante contra el suelo, y fue a dar contra una pared. En su giro. Emerson sacó su pistola, acabó dando un salto, y cayó acucillado un par de metros más lejos, apuntando su arma hacia Katy Serling.

—¡Katy, no disp...!

Plop.

La bala pasó tan cerca de la cabeza de Emerson que éste tuvo la impresión de que le daban un tirón en los cabellos. Y comprendió que Katy Serling no pensaba dejar de disparar. Estaba terminantemente decidida a matarlo.

Plop, chascó el siguiente disparo, mientras Emerson se dejaba caer de costado, y disparaba a su vez. El disparo retumbó como un cañonazo en la casa, haciendo vibrar algunos cristales. La bala, certeramente dirigida, fue a dar en el hombro derecho de Katy, que lanzó un berrido terrible, giró, dio de bruces contra la librería, y cayó de rodillas, perdiendo la pistola.

Emerson comenzó a ponerse en pie rápidamente, convencido de que la escaramuza había terminado, pero se equivocaba. Katy se revolvió, asió de nuevo la pistola, y volvió a apuntarle. Lívido como un cadáver, Block disparó de nuevo, mientras Katy todavía se movía.

Y la bala que él quería alojar en el brazo de la escalofriante Katy, fue a hundirse en el macizo seno izquierdo, que pareció brincar. Katy fue a dar de nuevo contra la librería, pero ahora de espaldas. El mueble se estremeció, ella rebotó hacia delante, sus senos parecieron rebotar en el voluminoso vientre, y cayó finalmente de costado. Pareció que fuese a quedarse así, pero luego, como un enorme flan que se asienta en el plato, fue girando, hasta quedar tendida cara al techo, con los ojos abiertos, fijos. El envoltorio de celofán se estaba tiñendo abundantemente de rojo.

Desorbitados los ojos, como fascinado, Block estuvo mirando el cadáver unos segundos. Por fin, se guardó la pistola, se dejó caer en un sillón, y se pasó las manos por la cara, que notó rígida y fría. Al mover los brazos, notó el ardiente tirón en el costado derecho. Se miró, y vio la sangre empapando su camisa, y la chaqueta.

Se puso en pie y fue hacia el teléfono.

CAPÍTULO IV

—Listo, jovencito —dijo el doctor Samuelson—. Ha debido dolerle lo suyo, pero no tiene importancia. Es un simple arañazo sobre una costilla. Todo lo que tiene que procurar es que no sangre de nuevo. Le espero mañana por la mañana, para hacerle otra cura.

—Gracias —murmuró Emerson.

El médico de la policía comenzó a recoger sus cosas en el maletín, dirigiendo una mirada de reojo hacia el cadáver de Katy Serling.

—Ni siquiera deberían molestarse en llamar al forense —comentó—. Está muerta y bien muerta, Y no cabe la menor duda del motivo de su muerte: un balazo al corazón.

Emerson miró a Mac Craig, que parecía muy pensativo, de pie ante él.

—Esto complicará las cosas, señor.

—¿En qué sentido? —Alzó las cejas Mac Craig.

—He matado a una mujer.

Mac Craig soltó uno de sus bufidos.

—¿Y qué? No ibas a dejarte matar, ¿verdad? Si nouviésemos la pistola de ella con sus huellas, ni supiésemos que la prueba de la parafina demostrará sin lugar a dudas que ella disparó, y que te hirió, tendría que suspenderte temporalmente, pues siempre habría alguien que se ensañase con nosotros, como suele suceder. Pero éste no es el caso: policía o no policía, cualquiera en tu lugar habría hecho lo mismo. No es ese problema el que me preocupa.

—¿Cuál, entonces?

—Estás herido, así que vas a tener que tomar la baja. Y te aseguro que no me hace ninguna gracia prescindir de ti en esta investigación.

—Pero si no es nada —refunfuñó Emerson—. ¿Qué dice usted, doctor?

Samuelson cerró su maletín, y miró con cierta guasa a Block, de arriba a abajo.

—Cómo médico, mi obligación es decirle que se vaya a casa a descansar. Pero particularmente, considerando la escasa importancia de la herida y su envergadura física, no me preocuparía en absoluto. Siempre y cuando —insistió—, la herida no comience a sangrar de nuevo. ¿Me necesitan para algo más?

—Yo no —sonrió Emerson.

Samuelson miró a Mac Craig, que encogió los hombros. El médico se despidió, y Mac Craig y Emerson quedaron silenciosos. Las voces de los policías que estaban en la casa, registrando el piso de arriba, se oían amortiguadas. Afuera se oyó el zumbido del motor del coche de Samuelson. Eran las siete menos cinco. Anochece.

—Mientras los esperaba —dijo de pronto Emerson—, he estado pensado en los detalles que rodean el asesinato de Thomas Larsen. Me refiero a aquellos detalles extraños: la flor en la mano, el zapato, la pipa metida en la nariz, la corbata atada a una pierna...

—Sí, sí. ¿Qué pasa con eso?

—He pensado que quizá la flor la puso Katy Serling. Katy tenía un... sentido del humor muy desarrollado. A pesar de que lógicamente no podía confiar en mí ya que no me conocía, me recibió como si fuese su amante, o poco menos. Bueno, ya le he contado todo eso.

—Te recibió muy bien, pero luego quiso matarte. ¿No se te ha ocurrido pensar que desde el primer momento tuvo esa idea? Así que te recibió amablemente, te confió, y cuando llegó el momento, fue a lo suyo. Según parece, el hecho de que tú aparecieses aquí por las buenas debía ser motivo suficiente para que ella desconfiase. Y encima, vas y le enseñas la libreta. Si le hubieses dicho que eras policía, seguramente habría reaccionado de otro modo, pero al verte con su libreta..., ¿qué pudo pensar?

—Supongo que pensó que se la había quitado a Larsen, o algo así. Desde luego, no sabía que Larsen está muerto. Entiendo que trabajaba por las noches, hasta muy tarde, y que dormía hasta las seis de la tarde, más o menos. El periódico todavía está en su buzón.

No sabía nada, pero se alarmó.

—Es perder el tiempo teorizar sobre eso. ¿Por qué crees que pudo ser ella quien pusiese la flor en la mano de Larsen?

—Es un detalle femenino, ¿no le parece?

—Ya. ¿Y las demás cosas raras? ¿Quién las puso allí?

—Quizá las otras cuatro personas, los cuatro hombres de las libretas. Uno le puso la pipa, el otro la corbata, el otro le metió el anillo en la boca...

—Si sólo hubiésemos visto cinco detalles raros, podría admitirse esa teoría, Emerson. Pero había más cosas raras. ¿Qué me dices de las naranjas en la repisa de la chimenea? ¿Y de los cuadros vueltos con la pintura hacia la pared? Tenemos cinco libretas y no menos de ocho detalles raros. Numéricamente, no encaja.

—Pero...

—Que no. Te comprendo muy bien, pero no. Tú piensas que pudo ser cosa de esas personas a las que Larsen sometía a chantaje..., aunque no podemos saber qué clase de chantaje podía hacer a Katy Serling. ¿Qué era Katy Serling? ¿Una ramera? Las hay a miles. ¿Por eso le iba a hacer chantaje Thomas Larsen? Yo creo que no, que debía haber algo mucho más importante, y espero que encontremos alguna pista en esta misma casa. Pero volvamos a tu teoría: cinco personas que, sometidas a chantaje por Larsen, deciden eliminarlo. Lo arreglan entre ellos, Larsen muere, y cada uno aporta un... detalle personal a ese asesinato, como queriendo gozar de la satisfacción de haber intervenido. En ese caso, efectivamente, la Serling podría haber sido quien puso la flor, y cada uno de los otros cuatro personajes un detalle más o menos expresivo de su personalidad. Por ejemplo, a uno podía gustarle jugar a las cartas, así que esparció por allí toda una baraja... ¿Es ésta tu teoría?

—Por ahí iba, sí, señor.

—Bueno, pues habían ocho detalles raros en la casa, y sólo cinco libretas. ¿Qué me dices a eso?

—Digo que el hecho de que nosotros sólo tengamos cinco libretas no significa que no existan ocho libretas.

—¡Maldita sea...!

—Lo siento, señor, pero tenía que llegar a esa conclusión más pronto o más tarde.

—Está bien. Pero ¿dónde están las otras tres libretas? ¿Alguien

se las llevó? Bueno. Y entonces..., ¿por qué llevarse tres y dejar cinco? ¿Por qué no llevarse las ocho? ¡Y no me digas que Larsen tenía tres a mano, fuera de la caja, y las otras cinco muy bien guardaditas!

Emerson Block frunció el ceño, y se rascó la barbilla.

—De acuerdo —gruñó—. Pero esos detalles raros deben tener un significado. ¡Demonios, nadie mete porque sí una pipa en la nariz del hombre que acaba de matar!

—Voy a hacer algo por ti —sonrió Mac Craig—: Te vas a tu apartamento, te pones cómodo, y te dedicas a pensar sobre eso. Adiós, Emerson.

—Ya ha oído al doctor. Estoy perfectamente.

—Las libretas y la lista —tendió la mano Mac Craig—. Que descanses, muchacho. Y mañana me dices todo lo que has pensado.

—Es una sucia jugada —refunfuñó Emerson, devolviendo las libretas.

—¿Podrás conducir?

—Claro.

—Pues adiós.

Emerson Block no dijo nada más. Por la sencilla razón de que cuando dos personas tienen ideas firmes, y una de ellas tiene mando sobre la otra, es absurdo discutir. Así que entregó las libretas, salió de la casa de Katy Serling, se metió en su coche, y puso rumbo a su apartamento.

Una vez allá, se cambió de ropa, rellenó al completo el cargador de su pistola, y regresó al estacionamiento subterráneo en busca de su coche. Quizá Mac Craig no lo hubiese tenido en cuenta, pero la memoria de Emerson Block era lo bastante buena para recordar sin el menor margen de error todos los nombres, teléfonos, y direcciones de éstos apuntados en cinco libretas.

Y finalmente, cuando un hombre de la edad de Block está con un pie en el grado de teniente, es porque tiene una voluntad de hierro.

* * *

La siguiente elección si fue caprichosa. No tenía motivo alguno para encaminarse hacia el personaje llamado George Taylor, La dirección del teléfono privado de éste era en cierto número de la

North East 134th Street, en North Miami.

Era un sótano.

El edificio sobre el sótano era una tienda dedicada a la venta de discos y de instrumentos musicales, que ya estaba cerrado. No había pisos. Sólo la tienda y el sótano. A la puerta de éste se llegaba descendiendo por una escalera metálica. Al final de ésta, y delante de una puerta cerrada, había un hombre, sentado en un escalón, fumando un cigarrillo.

Al oír las pisadas de Emerson volvió la cabeza, se puso en pie, y se quitó el cigarrillo de los labios.

—¿Adónde va, amigo?

—Ahí dentro —señaló Emerson la puerta—. ¿Está Taylor?

—¿Quién?

—George Taylor. Me envía Larsen.

El hombre se quedó mirándolo fijamente en la semioscuridad del lugar. Por fin, asintió con la cabeza, aunque no muy convencido todavía.

—Veré si George ha llegado —comenzó a dar golpes con su dedo índice en el pecho de Emerson, con gesto evidentemente amenazador—. Pero le voy a pedir un favor, amigo: usted se queda aquí esperando. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Y tenga cuidado con su dedo: se le puede romper..., amigo.

El otro sonrió torcidamente, como si tirase la sonrisa a un lado; abrió la puerta, entró rápidamente, y cerró. En el breve espacio de tiempo que la puerta estuvo abierta, Emerson pudo oír música. O algo parecido, a su juicio: era la clase de música que él jamás escucharía por gusto.

Miró su reloj. Las ocho menos diez. Si en cinco minutos aquella puerta no se había abierto, él entraría de todos modos... La puerta se abrió apenas transcurridos tres minutos, y el tipo que lanzaba sonrisas a los lados reapareció.

—Pase y vaya hacia el fondo. George le está esperando, amigo.

—Gracias, amigo.

Entró. Volvió a oír la música, un tanto lejana. Estaba en un vestíbulo cuadrado, mal iluminado, sin un solo mueble y paredes desnudas. Enfrente había una puerta, hacia la cual se dirigió. A medida que avanzaba, por entre la música, comenzó a oír voces... O

algo parecido. Eran voces humanas, pero pronunciando de modo no poco raro. Había un pasillo, corto. Al fondo, otra puerta. Cuando la abrió, se encontró en una sala grande. Estaba decorada de tal modo que Emerson quedó pasmado.

Sólo había luz en el fondo de la sala, a la izquierda pero permitía ver perfectamente el «decorado», que consistía en manchas y rayas en las paredes; por entre manchas y rayas habían pintados escarabajos, ratones gusanos y flores. Alucinante.

La luz era lívida, azulada. Y a su resplandor, Emerson Block vio aquellos seres que, al principio, le parecieron aún más raros que el decorado mural. Enseguida se dio cuenta de que eran, simplemente, personas vestidas de modo absurdo, con túnicas blancas unas con pieles otras, algunos con viejas gabardinas que Dios sabía de dónde habían salido. Había un muchacho que por toda indumentaria llevaba colgando de la cintura por medio de una cadenita una enorme hoja de parra hecha con cartón y pintada adecuadamente. Una jovencita llevaba puesto lo que podía definirse como un vestido hecho con hojas de periódico, confeccionado de tal modo que su seno derecho quedaba casi al descubierto...

En un par de segundos, Emerson Block se dio cuenta de que todas aquellas personas eran de una edad inferior a los veinte años. La jovencita, por ejemplo, no debía tener más de quince años. La mayoría de ellos llevaban los rostros pintados con rayas blancas. Uno llevaba un sombrero que era casi tan alto como él, así que existía allí dentro el pequeño milagro de que pudiese sostenerlo adecuadamente sobre su cabeza.

A la izquierda de Emerson había un tocadiscos, sobre una mesita. En el suelo, varias cajas con botellas de refrescos.

Y de pronto, Emerson lo comprendió todo; se había metido entre un grupo de chicos listos que hacían teatro pop, o como quiera que prefiriesen llamarlo. Lo comprendió en el preciso momento en que la muchacha quinceañera alzaba los brazos hacia el techo, reanudando, sin duda, la representación que Emerson había interrumpido.

—Y entonces —clamó con voz sincopada y aguda—, ¿qué hay más allá del cielo y de la tierra? ¿Qué hay?

—¡No-hay-nada! —coreó el resto del elenco—. ¡No-hay-nada, no-hay-nada, no-hay-nada, no-hay-nada...!

La muchacha dio un gracioso giro, siempre con los brazos en alto.

—¿No hay nada? —gimió.

—¡No-hay-nada, no-hay-nada, no-hay-nada...!

—Pero entonces, decidme, ¡oh, demonios de las cavernas celestiales!, si no hay nada..., ¿adónde iremos cuando se terminen el cielo y la tierra?

¡Qué bárbaros!, pensó Emerson. ¡Menudo problema se estaban planteando! De todos modos, tenía gracia aquello de los demonios «celestiales». Era la primera noticia que Block tenía respecto a la existencia de demonios en el cielo. Vivir para aprender.

—¿Adónde-iremos? —Repreguntaron los «demonios celestiales»—. ¿Adónde-iremos, adónde-iremos, adónde-iremos...?

—¡Sí! —gritó la chica del pecho independiente—. ¡Os pregunto a dónde iremos!

—¡Iremos-a-la-mierda, iremos-a-la-mierda, iremos-a-la-mierda...!

Emerson Block apretó los labios para no reír, incluso para no sonreír. Por su parte, él intuía adónde se podía ir más allá del cielo y de la tierra, especialmente él, pero tampoco estaba tan desesperado como para ir al lugar preferido de aquellos muchachos.

—¡A la eso! —gimió la despechugada jovencita—. ¿Y qué hemos hecho para merecer tan dulce destino?

—¡No-hemos-hecho-nada, no-hemos-hecho-nada, no-hemos-hecho-nada...! —canturreó el coro.

—¿Y qué es? —suplicó informes, la jovencita.

—¿Qué-es-qué, qué-es-qué, qué-es-qué...?

—¿Qué es la mierda?

—¡Es-el-principio, es-el-principio, es-el-principio...!

—¡Piedad para nosotros! —gimoteó la conductora de pensamientos—. ¡Piedad para nosotros si volvemos al principio! Porque si volvemos al principio..., ¿qué ha hecho la Humanidad hasta ahora?

Era una buena pregunta, y Emerson se dispuso a escuchar la respuesta con el máximo interés. La respuesta llegó, decepcionante, justo en el momento en que, de repente, comenzó a intuirlo:

—¡No-hemos-hecho-nada, no-hemos-hecho-nada, no-hemos-hecho-nada...!

—Y si no hemos hecho nada..., ¿para qué hemos vivido?

—¡Para-nada,
para-nada,
para-nada...!

La muchacha del seno más o menos aireado, se acercó a Emerson, dando giros, y se detuvo frente a él. Le apuntó con un dedito precioso.

—¿Y tú, ser de otros mundos, extraño subproducto animal, grotesca representación de algo que no existe...? ¿Y tú, digo, adónde vas?

—¿Ahora, o en mi proyección molecular humana? —preguntó Emerson, muy serio.

—¡El ahora no existe!

—Cierto. Tampoco existió el ayer, por tanto... ¡Y tampoco existirá el mañana, porque mañana sería ahora, y el ahora no existe!

—¡El-ahora-no-existe, el-ahora-no-existe, el-ahora-no-existe...!
—Apoyó el resto de la farándula.

—Y si no existe el ahora —preguntó con magistral perplejidad la jovencita—, ¿qué existe?

—¡No-existe-nada! —Aportó Emerson su colaboración intelectual—. ¡No-existe-nada, no-existe-nada, no-existe-nada...!

Su aportación fue acogida con entusiasmo, y coreada del mismo modo.

—Y si no existe nada —preguntó la jovencita—, ¿qué somos nosotros?

—¿La negación de la existencia? —sugirió tímidamente Emerson Block.

—¡Eso-somos, eso-somos, eso-somos...!

—Pero —alzó una mano Block—, si somos la negación de la existencia, ya somos algo. Por lo tanto, no podemos ser la negación de la existencia. Ser la negación de algo, es ser algo. ¡Busquemos una respuesta, la gran respuesta!

—¡Busquemos —la-respuesta, busquemos-la-respuesta, busquemos-la-respuesta...!

—Magnífico —sonrió Block—. Mientras tanto, voy a ver si localizo al señor Taylor.

No era ninguna tontería, porque el señor Taylor no estaba allí,

desde luego. Tampoco había más puerta que la que Emerson había utilizado para entrar en aquella jaula de grillos, así que el problema existía. Pero, como casi todos los problemas, fue resuelto: un par de muchachos, uno de ellos el de la hoja de parra, asieron a Block por los brazos, y lo llevaron, dando giros y haciendo piruetas, hacia la pared de enfrente. Al estar más cerca. Emerson vio la puerta, pintada igual que la pared, confundién dose con ésta. El chico de la hoja de parra la abrió, y señaló hacia el hueco.

Emerson salió, cerró la puerta, y soltó un resoplido.

Había otro pasillo; en el fondo a la izquierda, otra puerta. Fue allá, la empujó y se asomó. Contuvo un suspiro de alivio. Era un despacho. Un despacho corriente y moliente, con su mesa, sus sillones, sus libros, sus cuadritos en las paredes... Y hasta con un hombre sentado tras la mesa, que miraba con expectación a Block.

—Sí, pase, pase... ¿Es usted quien me está buscando señor...?

—Block —se presentó éste, entrando y cerrando la puerta—. Si es usted George Taylor, sí, le estoy buscando.

—Soy Taylor. Siéntese.

—Gracias.

Emerson se sentó en uno de los sillones, y se quedó mirando a Taylor. Debía tener alrededor de cuarenta años, tenía buena facha, cara inteligente...

—Lacon me ha dicho que le envía a usted Larsen.

—Así es. Oiga, ¿quiénes son esos chiflados de ahí fuera?

—¿Chiflados? —Frunció el ceño Taylor—. A mí no me lo parecen, señor Block.

—Bueno, no estoy tratando de molestar a nadie. Pero opino que éste es un lugar... pintoresco y divertido.

—Es un lugar como otro cualquiera donde recoger a los muchachos para que se dediquen a algo tan noble como es el teatro en lugar de dedicarse a hacer golferías, señor Block.

—He visto a una nena con un pecho casi descubierto.

George Taylor alzó las cejas, sorprendidísimo.

—¿Usted le da importancia a eso en una representación teatral?
—Se pasmó.

—Pues... no. La verdad es que no. ¿Debo entender que esto es un estudio de arte, de teatro...?

—En efecto. Vamos a llamarlo un club donde por una módica

cuota mensual se admiten socios que quieren emprender el camino de la representación teatral.

—Me parece muy bien. Bueno, señor Taylor, como ya le he dicho, me envía Thomas Larsen.

—Sí, ya lo ha dicho. ¿Cuándo le dijo Larsen que viniese a verme?

Emerson lanzó la falsa respuesta con toda deliberación, fija su mirada en los ojos de Taylor, esperando ver alguna reacción reveladora en éste.

—Esta misma mañana.

No hubo reacción alguna en la expresión de Taylor. Estuvo unos segundos sosteniendo la mirada de Emerson. Luego, movió la mano derecha, tomó un periódico que había sobre la mesa y lo tiró a las manos del policía.

—Tiene usted unas grandes facultades, señor Block: yo no he conseguido nunca hablar con los muertos.

Emerson ni siquiera se molestó en mirar el periódico. ¿Para qué? Sabía que decía que Thomas Larsen había sido asesinado la noche anterior, a las ocho.

—De acuerdo —sonrió—. No me envía él, pero tengo sus libretas. ¿Sabe a qué me refiero?

—No.

—Larsen tenía varias libretas, con nombres y números de teléfonos. Una de ellas estaba dedicada solamente a usted. Contiene anotaciones de fechas y cifras. ¿Lo comprende ahora?

—¿Debo entender que Larsen le entregó esas libretas?

—Así es.

—¿Con qué objeto?

—Digamos que quizá presintió que podía ocurrirle algo, y decidió... nombrarme su heredero. Estoy seguro de que entiende usted esto, señor Taylor.

—No muy bien.

—Veamos... ¿Le gustan a usted las naranjas?

La sorpresa fue auténtica en el rostro de Taylor.

—Es una fruta como otra cualquiera. Me gustan, como me gustan las peras, las manzanas, los plátanos, la uva, y otras muchas frutas.

—Quiero decir que a lo mejor usted siente predilección por las

naranjas, y que le gusta colocarlas sobre una chimenea.

—¿Está bromeando?

Emerson movió negativamente la cabeza. Al mismo tiempo comprendía que George Taylor estaba en verdad desconcertado, y que no tenía nada que ver con las naranjas halladas en la repisa de la chimenea del salón donde habían matado a Thomas Larsen. ¿Y con la pipa, o con la sortija, o la corbata...? No. Tampoco. Si lo de las naranjas le había sorprendido era porque no sabía nada de aquello. A menos que Taylor fuese un gran comediante que supiese fingir a la perfección. Lo cual tenía muchas posibilidades de ser cierto en un hombre que había organizado un club para dar clases precisamente de teatro, de representación.

—No estoy bromeando —musitó—. Pero dejemos eso. ¿Qué cantidad apunto en su libreta, Taylor?

—No comprendo.

—Vamos, no se haga el idiota.

—No me gusta usted —dijo secamente Taylor, poniéndose en pie—, así que buenas noches, señor Block.

—Piense bien lo que hace, Taylor.

—No tengo nada que pensar. —Taylor fue hacia la puerta, y la abrió—. He dicho buenas noches. Y le aseguro que si no fuese por esos muchachos de ahí fuera, llamaría a la policía.

Emerson se puso en pie, lentamente.

—¿Se niega usted a pagar? ¿Sabe lo que hace? —preguntó.

—Lo que hago, lo sé. Pero a usted no le entiendo, ni tengo por qué pagarle nada. Márchese.

Block fue hacia la puerta. Mala suerte. Como era de temer, George Taylor negaba todo. Lo único que había admitido implícitamente era conocer a Thomas Larsen. Pero por eso, y por el hecho de que Larsen tuviese una libreta con su nombre, no se podía detener a nadie. Aunque existía una posibilidad: preguntarle a Taylor dónde había estado la noche anterior a las ocho.

Block no lo preguntó. Por una razón muy simple: estaba segurísimo de que si preguntaba eso a Taylor, éste le respondería que había estado allí mismo, con sus aprendices de actor, y que podía probarlo. ¿No había participado en el asesinato de Larsen? Quizá. Pero lo cierto era que sí había tenido relaciones con Larsen. ¿Cuáles?

Emerson Block decidió seguir su ruta, en busca de los otros personajes cuyos nombres constaban en las libretas, antes de presionar más a Taylor. Ya habría tiempo.

Pero, justo cuando estaba con un pie hacia el pasillo, casi de espaldas a George Taylor, una imagen pareció explotar en la mente de Block: Katy Serling disparando contra él con una pistola con silenciador. ¿Era menos peligroso Taylor que la Serling?

En el mismo instante en que se volvía vivamente hacia Taylor, oía el chasquido del resorte de la navaja. Y todavía no estaba enfrentado a Taylor cuando vio el brillo del acero, relampagueando hacia su vientre; es decir, a la altura donde habían estado sus riñones una fracción de segundo antes.

Block bajó los dos brazos a la vez, cruzándolos y bajándolos como si quisiera empujar con las manos algo hacia el suelo. Y la parada de defensa personal surtió efecto, fue perfecta. La muñeca de Taylor chocó con las dos cruzadas de Emerson, de modo que quedó detenida allí, con fuerte golpe, tan fuerte, que la navaja casi escapó de la mano de Taylor, que comenzó a gritar:

—¡Lacon! ¡LACONNN...!

El sargento de Homicidios retiró su brazo derecho, lo echó hacia atrás, y descargó un tremendo puñetazo que acertó a Taylor de lleno en la nariz. Esta vez sí soltó Taylor la navaja, saltando hacia atrás, esparciendo un surtidor de sangre que brotó impetuoso por la rota nariz.

Mientras Taylor caía, Emerson saltaba por encima de él, hacia el sillón en el cuál había estado sentado, buscando protegerse tras él. Protección que sabía necesaria, gracias a la llamada de Taylor.

Y en efecto, aún estaba saltando Emerson cuando Lacon apareció en la puerta, pistola en mano, mirando a todos lados, tenso.

Al ver a Emerson saltando, lanzó una exclamación, desvió la pistola hacia allí, y apretó el gatillo.

Plop.

La bala fue a clavarse en el fondo del despacho, en el ángulo formado por dos paredes, mientras Emerson alcanzaba la protección del sillón y sacaba su pistola. Se asomó por el otro lado del sillón en el acto, apuntó a Lacon, y disparó, en el instante en que éste, tras soltar un respingo, saltaba hacia atrás, regresando al pasillo.

En el sótano, el trallazo del disparo policial retumbó con

estruendo, en contraste con el chasquido del efectuado por su «amigo» Lacon, que había desaparecido. Lejanas, llegaron exclamaciones de sobresalto, gritos... La función había sido interrumpida.

Eso, en la gran sala. Allí, en el despacho, se estaba representando otra clase de función... La cabeza y la mano armada de Lacon aparecieron brevemente en el hueco de la puerta, sorprendiendo a Emerson en el momento en que miraba hacia Taylor, que se estaba sentando en el suelo, gimiendo. Y las dos balas disparadas por Lacon pasaron tan cerca de su rostro que Emerson lo retiró a toda prisa, lívido.

A su derecha estaba el sofá. Emerson lo miró, calculó la distancia, y decidió cambiar de posición. Si Lacon volvía a asomar su antipático rostro, sería él quien quedase sorprendido esta vez...

Mientras saltaba, Emerson vio a Taylor ya en pie, corriendo hacia la puerta. Y justo cuando caía de rodillas detrás del sofá, oyó el grito de dolor, y el chasquido de otro disparo, todo a la vez, seguido de la exclamación de Lacon:

—¡Taylor...!

Acto seguido, el golpe de algo pesado contra el suelo, en el pasillo. Luego, el ruido de pies, alejándose a toda prisa. Hubo un cambio de sonido ambiental, y comprendió que la puerta que comunicaba con la sala había sido abierta. ¡Lacon escapaba!

Se puso en pie, corrió hacia la puerta, y se detuvo allí, mirando a George Taylor, caído en el suelo, cara arriba, con los ojos desorbitados y un tremendo boquete en la garganta. La comprensión de Emerson fue tan rápida como su reacción: Lacon había disparado creyendo que quien salía tan rápidamente del despacho era él, para sorprenderlo; y tras matar a Taylor por error, se apresuraba a escapar.

Sin vacilar, se lanzó por el pasillo a toda velocidad. Pero se detuvo en seco al llegar ante la puerta. Habría sido estúpido aparecer en la sala y recibir un balazo.

—¡Lacon! —gritó—. ¡Soy policía! ¡No intente escapar, pues le acribillarán mis compañeros en cuanto salga! ¡Venga aquí con las manos en alto!

Durante dos o tres segundos, se hizo en la gran sala de arte un denso, extraño silencio. Luego, un rumor de numerosos pies se dejó

oír, todos hacia la puerta. Emerson vaciló sólo un instante antes de saltar a la sala, alzado el brazo, buscando con la mirada a Lacon.

Y todo lo que vio fue al grupo de «actores» corriendo hacia la puerta, atropellándose para salir, jadeando, gritando...

—¡Quietos! ¡Que nadie salga de aquí! ¡He dicho que...!

No le hacían el menor caso. Evidentemente, Lacon había escapado ya, y Emerson corrió también hacia la puerta, intentando atravesar aquella muralla humana que le precedía, y contra la cual, por supuesto, ni siquiera se le ocurría disparar.

—¡Maldita sea! —aulló—. ¡Dejadme pasar, estáis ayudando a escapar a un asesino, idiotas...!

Los idiotas ni siquiera parecieron oírle. Salían del sótano a borbotones, pisándose, gritando, dejando en el suelo vestidos de papel y hojas de parra, y subían la escalera hacia la calle a toda prisa, siempre obstaculizando a Emerson el paso.

Cuando Block llegó a la calle, los muchachos del elenco artístico corrían por la acera y la calzada, alejándose en todas direcciones, ante el asombro de algunos transeúntes, que los miraban sin comprender nada.

De Lacon, ni rastro.

Sombrío el gesto, Block guardó su pistola, y regresó al sótano. Segundos después, se acucillaba junto a George Taylor, cuyos ojos estaban adquiriendo rápidamente el aspecto de bolitas de vidrio.

Oyó las pisadas tras él, y volvió la cabeza.

—¡No se mueva! —le apuntó un policía de uniforme con su revólver.

Emerson suspiró, alzando las manos.

—Block, de Homicidios —dijo.

CAPÍTULO V

Elinor Mayfield llegó veinticinco minutos más tarde, en un taxi. Vio al agente de la policía ante la bajada al sótano, y se acercó a él, un tanto indecisa.

—Soy Elinor Mayfield. El sargento Block me está esperando.

—Sí, señorita. Baje, por favor.

Elinor miró la ambulancia detenida junto al bordillo, y el coche de la policía. Luego, bajó al sótano. Poco después, aparecía en la sala, mirando a todos lados con estupefacción.

—Sargento —llamó—. ¡Sargento Block!

La puerta que parecía formar parte de la pared se abrió, a los pocos segundos, y apareció Emerson.

—Por aquí, señorita Mayfield.

Ella se acercó, todavía mirando a todos lados.

—¡Qué lugar tan extraño!

—Sí. Bueno, cosas modernas. Espero no haberla molestado demasiado. Y digo demasiado, porque algo sí debo haberla molestado, ¿no es cierto?

—Sí. —Elinor miró los ojos de Emerson, y luego su barbilla, y su boca, de labios alargados y duros—. Algo, sí. Lo que más me preocupa, sin embargo, es haber dejado sola a Cissy. Espero que no se le ocurra ninguna tontería.

—¿La dejó acostada?

—No. Estábamos viendo la televisión.

—Bueno, entonces seguro que no debemos preocuparnos por ella. Por aquí, por favor.

Block la tomó del brazo, y caminaron por el pasillo. Tía Elinor vio enseguida el cadáver de George Taylor y hubo en su marcha un movimiento de vaivén, como si hubiese querido detenerse.

—Si teme que la impresión sea demasiado fuerte...

—Estoy estudiando para médico, sargento. Y tengo que dominar perfectamente estas tontas reacciones. De todos modos, será la primera vez que vea una persona muerta a balazos.

—Mírelo bien —se detuvieron junto al cadáver—. Tiene que estar completamente segura de lo que diga.

Elinor asintió con la cabeza, y se inclinó para mirar más de cerca el rostro de Taylor. Luego, se arrodilló, y puso su cabeza casi tocando el suelo con una mejilla. Emerson comprendió que Elinor Mayfield era en verdad inteligente: había visto al visitante de Thomas Larsen de perfil, y ahora, sin mover el cadáver, estaba viendo de perfil a Taylor.

—No —dijo Elinor—. No es éste.

Block la ayudó a ponerse en pie. Estuvo a punto de preguntar si estaba segura, pero desistió. No tenía por qué insistir, en modo alguno.

—Mala suerte —murmuró—. Bien, ahora marchémonos de aquí, antes de que llegue el capitán Mac Craig.

—Oh, no tengo tanta prisa. Por mí...

—Es por mí. Avisé al capitán más tarde que a usted, pues no quería que llegase aquí a tiempo de impedirme seguir con esto. Es capaz de encerrarme. ¿Ha venido en coche?

—En taxi.

—La llevaré a su casa..., bueno, a la de su hermano.

—No se moleste. Puedo tomar otro taxi.

—De ninguna manera.

* * *

Emerson detuvo el coche, y se volvió a mirar a Elinor, que sonrió levemente.

—Gracias.

—A usted, señorita Mayfield. Lamento haberla molestado.

Ella movió la cabeza, vaciló un instante, y musitó:

—¿No quiere entrar a tomar un café?

—Preferiría un rollo de esparadrapo, si le es igual. También le agradecería algunas gasas, o algo así.

Elinor tardó menos de un segundo en comprender.

—¿Está herido? —exclamó.

—Poca cosa: se me indigestó un trago de vodka. Hubiese ido a mi apartamento, pero Mac Craig ya debe estar en estos momentos convencido de que estoy loco, y querrá localizarme para ponerme la camisa de fuerza.

—No entiendo muy bien todo lo que dice, pero si está herido, me gustaría ayudarle. Tengo bastante práctica en vendajes, se lo aseguro.

—Es fácil de comprender. Bueno, ¿por qué no? No me parece inteligente ir por ahí curándome yo solo, como si el asesino perseguido por la ley fuese yo.

Elinor salió del coche, y Emerson se apresuró a hacer lo mismo. Ella abrió la puerta de la casa, y casi enseguida oyeron las veloces y leves pisadas acercándose. Cissy apareció en el recibidor, excitada.

—¡Tía Elinor, no he tenido miedo, ni...! ¡Oh! ¡Has traído a casa al policía guapo!

—Buenas noches, Cissy —rió Emerson.

—Hola —sonrió la niña, marcando los hoyuelos en sus mejillas —. ¿Lleva la pistola ahora?

—Sí.

—En la televisión acaban de matar a dos hombres malos. ¿Usted ha matado a muchos hombres malos?

Emerson se mordió los labios, y desvió la mirada. Elinor puso una mano en la cabeza de la niña.

—Vamos, querida, no tienes que hacer tantas preguntas. Y ya es muy tarde, así que debes ir a acostarte.

—¡Quiero acabar de ver la película!

—Está bien. Pero en cuanto termine, a la camita. Pase, por favor, sargento.

—Gracias —murmuró Emerson—. Creo que deberíamos esperar a... a... tomar el café cuando Cissy esté acostada.

—Sí, entiendo. Bueno, iré a prepararlo... Lo prepararé todo.

Entraron en la sala. Cissy corrió a sentarse en un sillón, y señaló otro a Emerson, que se las estaba arreglando para que la niña no viese su camisa manchada de sangre.

—Siéntese, señor sargento. Tía Elinor: ¿yo no puedo tomar café?

—Ya sabes que no. Voy a la cocina. Procura no hacerle demasiadas preguntas al sargento, Cissy.

Elinor salió de la sala, y Emerson se sentó. En la pantalla estaban en aquel momento disparando a todo cargador. Buenos contra malos. Miró de reojo a Cissy, que contemplaba las imágenes con los ojos muy abiertos. ¡Bang, bang, bang, ziuuu!, silbaban las balas. Emerson miró también la pantalla, con cierta expresión sarcástica. En el acto supo quién era el protagonista, porque pese a estar herido, corría, saltaba y disparaba más y mejor que nadie. Formidable. Fantástico. En cambio, él debía ser un policía de pacotilla, porque una simple herida en el costado lo tenía pálido y dolorido...

—¡Bien! —gritó Cissy—. ¡Bien, bien!

Se habían «cargado» al último malo. Luego, el policía era recogido por sus compañeros, y se llamaba a una ambulancia. La «chica» del telefilme salía corriendo del lugar donde la habían tenido secuestrada, y corría, corría, corría, llamando: ¡Mike, Mike, Mike! Fin.

—Se terminó —dijo Cissy.

—¿Te gustan estas películas?

—Si ganan los buenos, sí.

—Entonces, te gustan. ¿Qué más cosas te gustan?

—Los cuentos, la playa, los helados... ¡y que venga tía Elinor a cuidarme! ¿Qué le gusta a usted, sargento?

—¿A mí? Más o menos, las mismas cosas que a ti.

—¿Los sargentos de la policía son buenos?

—Buenísimos. Pero no me gusta mucho que tú me llames sargento. ¿Qué te parece si me llamas Emerson?

—Es un nombre feo.

—Me parece que tienes razón —asintió Emerson, frunciendo el ceño—, pero no tengo otro. Menos mal que te parezco guapo.

—Lo dijo tía Elinor.

—¡Ah! ¿Qué más cosas te dice tía Elinor?

—Que no vea tanta televisión, que no hable tanto y que la deje estudiar. ¿Usted sabe dónde está el señor Larsen?

—¿Lo echas de menos?

—Un poco. Aunque estoy enfadada con él.

—¿Por qué? A mí me pareció que erais buenos amigos.

—Sí que lo somos.

—Entonces, no deberías estar enfadada con él. A menos que

tengas muy buenos motivos. ¿Los tienes?

—Me parece que no. ¿Puedo ver su pistola, Emerson?

—Ya has visto suficientes por hoy. Dime, Cissy, ¿tú conoces al novio de tía Elinor?

—¡Tía Elinor no tiene novio! —rió la niña—. ¡Dice que eso son tonterías! ¡Pero yo sí tengo novio!

—¿Qué dices? Vaya, vaya... ¿Y quién es él?

—Ricky Carmody. ¡Tiene once años!

—¿Qué bárbaro... ¿Carmody? Bueno, éste debe ser tu vecino, el que vive al otro lado de la casa del señor Larsen.

—Claro. Ricky sabe nadar mejor que Mark Spitz.

—Zambomba... Cissy: ¿tú veías a muchas personas entrar y salir de la casa del señor Larsen?

—No. Yo sí entraba y salía cuando quería. Ricky le rompió un día un rosal al señor Larsen. Y otro día le rompió un cristal de una ventana. Y un día. —Cissy sofocó la risa— le echó seis lagartijas por una ventana.

—¡Menuda broma! Apuesto a que el señor Larsen se enfadó mucho. ¿Ten..., tiene mal genio el señor Larsen?

—¡Claro que no! ¿Por qué me hace tantas preguntas?

—Por hablar de algo. ¿Te molesta?

—No... Pero tía Elinor dice que debo tener mucho cuidado con lo que hable, porque la gente siempre quiere saber cosas que no le interesan.

—¿Sabes una cosa, Cissy? Tía Elinor tiene razón. Ahora, pregúntame cosas tú a mí.

—No sé qué preguntar... ¿Hace frío?

—No. Todavía no. Estamos en otoño.

—Bueno. ¿Has estado en la Luna alguna vez?

—Espero ir algún día.

—¿Cuántos hijos tiene?

—Ninguno. Soy soltero.

—Yo también soy soltera.

Emerson Block se echó a reír. La verdad era que le dolía mucho menos la herida, pero al reír, la cosa empeoró. Contuvo un gesto de dolor, de modo que Cissy no se dio cuenta de nada, pero sí se dio cuenta Elinor, que entraba en aquel momento. Apagó el televisor, y señaló hacia la salida de la sala.

—Subiré dentro de diez minutos a ver si todo está en orden en tu habitación y tú estás en la cama.

—¿Me limpio los dientes hoy también, tía Elinor?

—Debes hacerlo siempre.

—Bueno. Hasta luego, tía Elinor. Buenas noches, Emerson.

—Buenas noches, Cissy.

Elinor salió también de la sala, para regresar medio minuto más tarde con un pequeño botiquín. Miró a Emerson y éste se puso en pie y se quitó la chaqueta, los atalajes con la funda, la camisa... Elinor miró críticamente la cura realizada por el doctor Samuelson. Era una cura perfecta, pero estaba empapada en sangre, así que no había más remedio que cambiarla. En diez minutos, Emerson Block se encontró como nuevo. Miró su chaqueta, que sólo estaba manchada un poco por dentro. Podría ponérsela. Pero no la camisa.

—Le traeré el café, y mientras lo toma subiré a ver a Cissy —dijo Elinor—. Creo que una camisa de mi hermano le sentará bien, de momento.

—Bueno, no quisiera...

—No puede ir por ahí sin camisa, ¿verdad?

—Supongo que no.

Elinor trajo el café, y tras servir a Emerson, subió a ver a la niña. Bajó cinco o seis minutos más tarde, sonriendo.

—Ya está dormida... —Tendió una camisa a Block—. Usted le resulta simpático.

—Y guapo —la miró socarronamente Emerson.

Elinor se sentó, sonriendo, y se sirvió café, tras comprobar que todavía estaba caliente.

—¿Cómo se siente? —preguntó.

—Bastante bien. ¿Piensa usted acostarse pronto, señorita Mayfield?

—Imposible. Siempre tengo mucho que estudiar... ¿Por qué lo pregunta?

—Sólo quería saber si puedo volver a llamarla en el caso de que necesitase otra identificación por parte de usted.

—Hasta las doce, sí. Luego, pues... Vaya, también me gusta descansar, sargento.

—Lo tendré en cuenta. Bien. —Emerson acabo de colocarse la funda, y tomó la corbata—, creo que ya puedo salir a rodar de

nuevo. Muchas gracias por todo señorita Mayfield.

—No tiene importancia, sargento Block.

Emerson la miró un tanto sorprendido. Se puso la chaqueta y se quedó mirando a Elinor, sin saber que más decir. Ella terminó su café y se puso en pie.

—Le acompañaré a la puerta.

—Gracias, señorita Mayfield, pero no hace...

—De nada, sargento Block. No es molestia, sargento Block.

El sargento Block frunció el ceño. Llegaron ante la puerta, Elinor la abrió y lo miró, sonriendo levemente.

—Hasta la vista, sargento Block.

—¿A qué se debe el pitorreo? —Gruñó Emerson.

—¿Cuál pitorreo, sargento Block?

—Pues éste: tanto sargento Block por aquí, sargento Block por allá...

—¿Cómo habría de llamarlo, sino sargento Block, sargento Block?

Emerson volvió a fruncir el ceño. Estuvo unos segundos mirando fijamente los azules ojos de Elinor Mayfield. Luego, con toda corrección y seriedad, le pasó las manos por la cintura, la atrajo suavemente y la besó en los labios... Cuando separó su boca de la de Elinor, ésta tenía todavía los ojos cerrados. El aliento de su suspiro hizo sonreír al sargento Block.

—Llámame Emerson.

Ella abrió los ojos.

—Deberías tomar nota de mi dirección en Miami —susurró.

—Ya tomé nota. Estás en el listín.

—Ventajas de ser policía —sonrió ella—. No se os escapa nada. ¿Cuándo volverás a besarme?

Emerson Block no era de los que dejaban para mañana lo que pudiese hacer hoy. Cuando se alejaba con el coche, todavía le parecía sentir en sus labios la ternura de los de tía Elinor, y en su rostro, el fresco aliento del suspiro de ella.

Supongo —reflexionó— que las cosas importantes siempre pasan así, sencillamente.

Pero también era importante un asesinato, y Emerson Block concentró sus pensamientos en esto. Pensamientos que se deformaban continuamente, debido a su desconcierto. Era el

asesinato más extraño en el que había intervenido jamás. Una pipa en la nariz, una sortija en la boca, una corbata atada a la pierna, un libro sobre el vientre, los cuadros colocados al revés. Todas aquellas extrañas cosas debían tener un significado, pero..., ¿cuál? ¿Había sido un juego antes del asesinato? ¿Una broma irónica del asesino? ¿Algo que bien analizado podía proporcionar una clarísima pista? ¿Era, quizá, un acertijo que el asesino había puesto a la policía?

Y las naranjas, la baraja...

—Sea como sea, lo descubriré —masculló en voz alta.

CAPÍTULO VI

El siguiente personaje elegido fue Ben Aswell.

Éste tenía un club en Surfside, en el cruce de la Calle Noventa y Dos y Collins Avenue. Se llamaba Flyer Duck Club, y, ¡cómo no!, el anuncio luminoso, de tono azul, representaba a un pato alado. Lógico: el Pato Volador. Visto desde la calle, el club tenía muy buen aspecto, y el portero, alto y pomposamente vestido, le daba un cierto tono de importancia.

Todavía vaciló Emerson Block unos segundos. ¿No se estaba complicando la vida demasiado? En las dos visitas anteriores habían querido matarlo, así que no podría sorprenderse demasiado si Ben Aswell intentaba lo mismo. Considerando esto, lo más sensato era esperar a Mac Craig y tomar por asalto, aunque fuese discretamente, el Pato Volador.

—Qué demonios...

Decisión tomada. Fue hacia la puerta, contestó con un movimiento de cabeza al saludo del hercúleo portero y entró en el local. Muy clásico, con su mostrador a un lado, mesas al otro, pista en el centro... Bien iluminado, elegante. En el pequeño escenario del fondo, un cantante muy compuesto y correcto estaba cantando Llévame.

Emerson se acomodó en un taburete ante el mostrador.

—Tónica —pidió.

Tenía la boca seca. No sabía si por el regusto del vodka ingerido en la casa de Katy Serling, el café de Elinor o un cierto resquemor ante el temor de haberse metido como un tonto en la boca del lobo.

El camarero le sirvió el agua tónica, y Emerson le hizo una seña.

—¿Diga, señor?

—Quisiera ver al señor Aswell. ¿Está en el club?

—Lo preguntaré. ¿Quién le busca, señor?

—Emerson Block.

—Muy bien, señor.

El camarero se alejó. Block se quedó pensando que quizá debía haber dado otro nombre, pero hay cosas que la policía no puede hacer tan fácilmente como los delincuentes. Así es la vida. Un matón cualquiera le mete un par de balas a una persona en el cuerpo y escapa; si lo cazan, vengan juicios y juicios... Si quien dispara contra un ciudadano es un policía, se complica la vida a base de mal... Era una idiotez.

Encendió un cigarrillo, y se dedicó a escuchar al cantante. Cuando terminó, Block añadió sus aplausos a los del resto del público. Vio reaparecer al camarero, que se acercó a él con gesto amable.

—Lo están buscando, señor. Desde luego, está en el club, pero es grande y no sabemos por dónde anda. Le avisarán en cuanto le vean.

—Gracias.

Iba a decir algo más, pero se volvió al notar unos golpecitos en la espalda. La morenaza de grandes ojos color café retiró su manicurado dedo golpeador, y sonrió mostrando unos estupendísimos dientes. Llevaba un escote espectacularísimo, hasta la cintura.

—Hola, majo —le sonrió aún más—. ¿Me convidas?

—¿Por qué he de convidarte, maja?

—¡Ay!... ¿A qué he pillado a otro tacaño? —gimió ella.

—De acuerdo —sonrió Emerson, alzando las manos en son de paz—. Pide lo que quieras.

—A mí, lo que me chifla es el champaña.

—Hagamos un trato —dijo amablemente Emerson—: yo no quiero ser tacaño, pero tú no debes ser abusona.

—¿Tengo que pedir *whisky*?

—Puedes pedir leche. Es casi tan sana como el *whisky* y desarrolla el sentido de observación.

La morena se lo quedó mirando con gesto de pasmo.

—¿El sentido de observación?

—Claro. Ahí tienes las vacas, por ejemplo, que están cargadas de leche, ¿no? Pues las vacas tienen un sentido de observación

tremebundo.

—No sabía eso.

—Sí, mujer... ¿Qué es lo que más les gusta a las vacas?

—¿A las vacas? Bueno... —La morena se echó a reír—. ¡Supongo que los toros!

—Eso, aparte. Yo hablaba de comer. Pues, a las vacas lo que más les gusta son los tréboles de cuatro hojas. Pero imagínate, para encontrar tréboles de cuatro hojas la buena vista que hay que tener y lo desarrollado que debe estar el sentido de observación. Por ejemplo, una vaca se pone a pensar que de buena gana se zamparía un trébol de cuatro hojas. Y entonces, claro, primero ha de encontrarlo. Pues nada: se pone a observar y ¡zas!, en seguida encuentra el trébol. Entonces, se lo come, y eso le da mucha y muy buena leche, en el buen sentido de la palabra. Y así llegamos al vaso de leche que tú te vas a beber, y que te proporcionará un gran sentido de observación.

La morena consiguió salir de su estupefacción.

—¡Mi padre, vaya rollo! —exclamó.

—Me pillas en un día extraño —admitió Emerson—. Normalmente, soy más bien calladito.

—¡Pues hijo, si llegas a ser charlatán!...

—En resumen: que estás de suerte.

La morena quedó pensativa respecto a esta frase, pero al parecer no estaba capacitada para llegar a una conclusión, y ciertamente, Emerson no pensaba aclarársela diciéndole que era policía y que las ramerías no le gustaban nada.

—Bueno —encogió los hombros ella—. ¿Puedo tomar ese *whisky* o no? Es que la leche me da náuseas.

—Pide el *whisky*. ¿Trabajas aquí?

La morena hizo una seña convenida al camarero, y éste asintió, con un gesto irónico: tampoco con aquél, Margo había conseguido ligar el champaña. Mala suerte.

—De cuando en cuando —replicó ella—. Me gusta ser cosmopolita, ¿sabes?

Emerson se quedó mirándola con auténtica curiosidad.

—¿Y qué quiere decir cosmopolita? —preguntó.

—¡Hombre!... Pues eso: una persona que conoce bien Miami.

—Aaaah... Eso quiere decir que conoces a muchas personas, ¿no

es así?

—¡Huy!

—¿Conoces a Ben Aswell? Es el dueño de esto.

La pregunta la hizo Emerson por seguir la conversación, que daba no poca naturalidad a su presencia allí. ¿Quién se fija en un tipo que está charlando con una furcia? Pero, antes de que la morena diese su respuesta, vio en sus ojos un destello... como de alarma. Sí, de alarma, de sobresalto cuando menos.

—Lo he visto alguna vez —dijo la morena.

—¿Y cómo es? —inquirió Emerson, mirando hacia el fondo del local.

—¿Quieres decir de cara y eso?

—Sí.

—Pues es un tipo más bien guapo, ¿sabes? Guapo, alto, muy rubio... ¡Es un tío elegante! Siempre lleva en la pelambreira loción de la cara. Una vez... ¿Qué haces?

Emerson dejó un billete sobre el mostrador y miró duramente a la mujer.

—Sigue hablando y bebiendo hasta que se termine este billete.

—¿Te vas?

—Sí, pero volveremos a vernos.

Emerson saltó del taburete y fue rápidamente hacia el fondo del local. En un instante, lo había comprendido todo. El Pato Volador era demasiado elegante para que hubiese allí furcias de la escasa categoría que parecía tener la morena. Podía ser, en efecto, una furcia, pero con mucha más clase. Su torpe comportamiento en un lugar como aquél sólo tenía un objetivo: distraerlo, tenerlo clavado al taburete de la barra. Y, por supuesto, estaba siguiendo determinadas instrucciones.

Llegó al fondo del local, vio la puerta y la empujó. Se encontró en el principio de un doble pasillo que formaba ángulo. El de la derecha distribuía varios camerinos, en cuyas puertas se veían pequeños carteles con los nombres de los actantes en las atracciones. El de la izquierda, frente a él, era más corto, y sólo se veían dos puertas en él, ambas a la izquierda. En el primero, el artista que había cantado Llévame estaba charlando con dos preciosas chicas que portaban sendas guitarras y que parecían tener prisa; debían tener que actuar en aquel momento, porque se

despedían Cuando pasaban junto a él, Emerson murmuró:

—¿Dónde está el despacho del señor Aswell?

—La segunda puerta en ese pasillo.

—Gracias.

Fue hacia allá. Pero al pasar por delante de la primera puerta, la vio entreabierta, y echó un vistazo, de pasada, sin mayor interés. Se detuvo en seco tras terminar aquel paso. Acababa de ver, dentro de aquel cuarto, a Lacon. ¿O lo había soñado? Regresó el paso y se asomó cautelosamente. No lo había soñado. Lacon, su «amigo» del club de actores en ciernes, estaba allí, moviendo unas cajas que contenían botellas de refrescos. Se hallaba de espaldas a la puerta, y Emerson lo aprovechó para entrar sin ser visto ni oído. Sacó la pistola y apuntó a la espalda de Lacon. Se quedó así, inmóvil apretados los labios. Por supuesto que ahora lo comprendía todo: Lacon había ido a avisar a Ben Aswell de que un sujeto había ido a ver a George Taylor y había complicado las cosas. Incluso era muy posible que Lacon se hubiese quedado por allí escondido, esperando la oportunidad de matarlo cuando saliese del club de artistas..., pero, al ver llegar a la policía y que ésta hacía buenas migas con él, había comprendido que era policía y había corrido a avisar a Ben Aswell. Al parecer, pese a haberse entretenido en la casa de los Mayfield, Emerson había llegado más pronto de lo que convenía a Ben Aswell, y mientras terminaban algo, habían enviado a la morena para que lo entretuviese... Lacon se volvió, por fin, mascullando algo y llevándose las manos a los riñones, como ayudándose para incorporarse. Entonces vio a Emerson y quedó como petrificado, palideciendo.

—Hola, amigo —susurró Emerson.

Lacon miró la pistola, empuñada con firmeza en verdad descorazonadora, y volvió a mirar los ojos de Emerson.

—Te iba a preguntar si estabas escondiendo algo ahí dijo Emerson, —pero me parece que es todo lo contrario: había ahí algo escondido y lo habéis terminado de sacar mientras vuestra amiguita pretendía beber champaña a mi costa. ¿Qué habéis sacado de ahí, amigo?

Lacon se pasó la lengua por los labios. Eso fue todo.

Emersonladeó la cabeza y entornó los párpados.

—Vuélvete de espaldas, amigo —ordenó fríamente.

Tras breve vacilación, Lacon obedeció. Emerson se acercó, cambiando la pistola a la mano izquierda. Se detuvo a espaldas de Lacon y le clavó el dedo índice de la mano derecha en los riñones.

Sucedió exactamente lo que él esperaba. Lacon se volvió velozmente, golpeando con su codo derecho la mano derecha de Emerson, apartándola y creyendo, por tanto, que apartaba la pistola, con lo que la cuestión podía resolverse a golpes. Así pues, simultáneo con su gesto de desviar la mano derecha de Emerson, lanzó su puño izquierdo, con la fuerza aumentada por el veloz giro... Era una patraña tan vieja, que Emerson casi sintió remordimientos por haberlo inducido a realizarla. Alzó su brazo derecho, desarmado, y paró con el antebrazo el golpe de Lacon. Al mismo tiempo, sujetando con fuerza la pistola con la mano izquierda golpeó con el arma de lado en la mandíbula de Lacon que puso los ojos en blanco y se derrumbó sobre la pila de cajas que él mismo acababa de colocar ordenadamente. Luego, se deslizó hasta el suelo tras un par de grotescos rebotes. Emerson se acuclilló junto a él, y lo primero que hizo fue quitarle la pistola, que se guardó en un bolsillo de la chaqueta. Luego, en menos de medio minuto, deshizo los lazos de los cordones de los zapatos, y los anudó unos a otros. Con la corbata del propio Lacon reforzó esta atadura. Con el cinturón, le ató las manos a la espalda.

Se irguió, y tras mirar la pila de cajas, movió la cabeza negativamente. Fuese lo que fuese lo que hubiera habido allí, ya no estaba.

Salió al pasillo, y se desplazó hasta la puerta del despacho de Ben Aswell. Con la pistola en la mano derecha empujó la puerta con la izquierda y entró.

Su brazo derecho se distendió, orientando la pistola hacia el hombre alto, guapo y rubio que estaba con una rodilla en el suelo, ante una caja fuerte solidísima, sacando unos papeles, y que había mirado hacia la puerta al oírla abrirse.

En el acto, el hombre quedó inmóvil y pálido.

—¿Señor Aswell? ¿Ben Aswell?

—Sí...

—Soy el amigo de Lacon. Usted comprende. Ahora ponga sus manos sobre la cabeza y colóquese de espaldas a mí. Acabo de romperle la mandíbula a Lacon, así que usted sabrá qué le conviene.

—¿Quién es usted? ¿Con qué derecho...?

—Soy Emerson Block, señor Aswell; sargento de Homicidios. En su momento, si procede, podrá presentar contra mí las reclamaciones que estime oportunas. Mientras tanto, y siguiendo el ritual, le diré que cualquier cosa que usted diga podrá ser usada en su contra. ¿Hablo claro?

—Sí... Sí.

—Pues haga lo que le he dicho.

Ben Aswell fue, en principio, más inteligente que Lacon. Colocado en la postura exigida por Emerson, se dejó quitar la pistola que llevaba en un bolsillo interior de la chaqueta. Luego, a un gesto de Block, obedeció sentándose en un sillón.

Emerson recogió del suelo los papeles que Aswell había sacado, y los colocó sobre la mesa. Al hacer esto, vio los pequeños sobres blancos en ésta. Dejó la pistola al alcance de su mano, tomó uno de aquellos papeles doblados formando un pequeño sobre y lo abrió. Dentro había unos polvos blancos, que probó tras adherir algunos a la yema de un dedo. En seguida, miró con nueva expresión a Ben Aswell.

—Le felicito —dijo secamente—: es de buena calidad. Si bien debo añadir que a mí no me gusta la cocaína, señor Aswell.

Ben Aswell apretó los labios, y eso fue todo. Emerson asintió. Dejó el pequeño sobre, volvió a empuñar la pistola con la mano derecha, y tras descolgar el auricular del teléfono con la izquierda, comenzó a marcar el número del Pólice Department. Ya no más riesgos ni más tonterías. Tenía vivo a Ben Aswell, y éste sería quien lo explicaría todo.

—¿...?

—Soy Block, de Homicidios. Quiero que llamen al coche del capitán Mac Craig y le digan...

No dijo nada más, porque, de pronto, en la puerta aparecieron tres hombres, pistola en mano. Dos de ellos entraron rápidamente, y el otro se quedó en el umbral, los tres apuntándole. Emerson Block estuvo un instante inmóvil, rígido. Luego, lentamente, colgó el auricular.

Ben Aswell saltó del sillón, se acercó a él y le quitó la pistola de un manotazo, recuperando luego la suya y la de Lacon.

—Maldito sea... —jadeó—. ¡Le voy a...!

—Todo está preparado, señor Aswell —le interrumpió uno de los recién llegados—. Sería mejor que nos marchásemos y nos llevásemos a este tipo para que nos diga cómo están las cosas.

—Soy el sargento Block, de Homicidios —dijo éste—. Les sugiero que se entreguen.

El tipo de la puerta soltó una risita, y Aswell pareció a punto de golpear a Emerson con la pistola. Pero tomó una decisión más inteligente, más conveniente para él.

—Vamos a salir de aquí por la puerta lateral, Block. Si nos pone las cosas difíciles, lo mataremos. ¿Está claro?

—Venga para aquí, pimpollo, vamos —dijo el de la puerta—. Saldremos por el pasillo de artistas como buenos amigos, usted delante y nosotros detrás. ¿Comprende la situación?

—Sí.

Aswell había recogido sus papeles y los sobres con cocaína, y lo guardaba todo apresuradamente en sus bolsillos.

—Golpeó a Lacon —dijo—. ¿Lo habéis visto, Langdon?

—Sí. Está ahí al lado, con la cara rota, y atado de pies y manos. ¿Lo llevamos al coche?

—No. Los muchachos del club de Taylor podrían tomar la decisión de sincerarse con la policía si ésta cazase a alguno, y en ese caso, identificarían a Lacon. No nos conviene. Matadlo. Ve tú mismo a hacerlo, Forrest. Langdon, tú y Bergman colocaos detrás de Block. Yo iré delante. ¡Vamos, vamos!... —Miró furiosamente a Emerson, que no se movía—. ¿Qué espera?

—¿Está loco, Aswell? Van a cometer un asesinato, ¿no se da cuenta? Y ya tienen las cosas bastante mal con el de Thomas Larsen.

La estupefacción cundió en los cuatro hombres que amenazaban a Emerson Block.

—Pero ¿qué dice este idiota? —exclamó Forrest—. ¿Que nosotros matamos a Larsen?

—Cierra la boca —ordenó Aswell—. Y ve a cerrársela a Lacon para siempre.

—Si cree que voy a permitirles... —empezó Emerson.

Bergman se le acercó por detrás y le golpeó con la culata de la pistola en los riñones. Emerson lanzó un profundo gemido, y cayó de rodillas, crispado hacia atrás, para caer finalmente de lado, lívido el rostro desencajado, desorbitados los ojos. Aswell le hizo

una seña a Forrest, que salió del despacho sin más.

—Ponedlo en pie.

Emerson Block fue puesto en pie rudamente. Aswell le abofeteó en ambas mejillas, haciendo oscilar con fuerza su cabeza, que luego sacudió el propio Emerson, parpadeando con fuerza, aspirando hondo.

—Vamos, sargento, usted es un hombre fuerte, ¿verdad? Camine tranquilamente, y quizá aún salga bien librado de este asunto.

Emerson volvió a suspirar. ¿Bien librado? Sabía que eso ya no era posible; pero ya era demasiado tarde para lamentarse por no haber querido organizar una refriega a tiros cuando aparecieron los tres amigos de Aswell. No lo había hecho por dos motivos. Uno, evitar muertes. Dos, el reglamento, que indica a los policías que no deben disparar primero... ¡Je! Ahora se iba a cometer un asesinato en la persona de Lacon Y luego él mismo sería asesinado... Sobre esto no podía tener la menor duda.

Se encontró en el pasillo. Forrest salía del cuarto contiguo, tan tranquilo. Cerró la puerta, miró a Aswell y asintió, con un gesto expresivo: sentencia cumplida.

—Camine, Block.

Salieron a la calle por la puerta lateral. Delante había un coche. Bergman se puso al volante, y Forrest a su lado. Emerson Block pasó al asiento de atrás quedando entre Aswell y Langdon.

—Vámonos, Bergman.

CAPÍTULO VII

—Muy bien —dijo Aswell, tras unos minutos de viajar en silencio—. ¿Qué sabe la policía de todo esto, Block?

—Lo suficiente para detenerlos a todos ustedes.

—A mí, lo que me sorprende —dijo Langdon— es que haya venido usted solo al Pato Volador. ¿Por qué lo ha hecho?

—Me pareció que sería fácil convencer a Aswell.

—Convencerme, ¿de qué? —inquirió éste.

—De que se entregase. Lo sabemos todo sobre ustedes: tenemos las cinco libretas de Thomas Larsen.

—¿Las libretas?

—Las libretas en las que él anotaba las cantidades que ustedes les iban pagando a cambio de su silencio.

Para silencio, el que se hizo en el interior del coche. Forrest se había vuelto en el asiento, y, como Aswell y Langdon, miraba fijamente a Emerson. Fijamente y en silencio. Por fin fue Bergman, al volante, quien masculló:

—No saben nada de nada, señor Aswell.

—Eso parece —musitó Ben Aswell—. Pero lo cierto es que, por lo que sea, la policía está tras nuestra pista. Que lleguen a saber o no la verdad no nos interesa. Lo que sí nos interesa es escapar. ¡Maldito Larsen, con sus estúpidas libretas!

—Lo extraordinario —dijo Emerson— es que gente como ustedes aceptasen ser chantajeados. Me sorprende que...

—Cierre la boca, Block. Ya no nos interesa lo que usted pueda decir. Ha dicho todo lo que necesitábamos saber.

—Mire, Aswell, la sit...

—Si no cierra la boca, se la cerraré yo —dijo Langdon.

Emerson Block cerró la boca y se dedicó a mirar hacia delante, a

través del parabrisas. Estaban circulando por Collins Avenue, hacia abajo; es decir, que ya estaban en Miami Beach. Bergman conducía muy bien, con prudencia, pero sacando todo el partido posible a los límites de velocidad. Al llegar a la 5th Street, ya casi en el extremo de la pequeña península de Miami Beach, giró hacia la derecha, enfilando esta calle, que desembocaba en Mac Arthur Causeway. Siguieron por ésta hacia Miami, cruzando sobre el mar, salpicado de luces de embarcaciones. A la derecha, la iluminación de las villas de las Venetian Islands. Incluso vio Hibiscus Island, donde horas antes había conocido a la sorprendente Katy Serling...

—Supongo —dijo de pronto Ben Aswell— que todo está bien en el pesquero, Langdon.

—Claro.

¿Un pesquero? Emerson Block no pudo evitar un estremecimiento, ni hacerse un amargo reproche a sí mismo: no debió ser tan terco ni tan independiente. Si hubiese ido trabajando acompañado, como era habitual, no estaría en aquella situación. Una situación que aparecía bien clara: Aswell y sus hombres se proponían escapar a bordo de un pesquero, en el que lo llevarían a él..., hasta que llegasen a un lugar lo bastante profundo para arrojar su cadáver, bien lastrado, al mar.

—Estamos llegando —dijo Aswell—. Ahora nos aparemos delante de un pesquero, Block, y subiremos todos a él. Quiero decirle que si usted no sube será porque estará muerto en tierra firme. ¿Lo entiende?

—Sí —musitó Emerson.

Lo que no entendía era lo que estaba pasando. ¿Drogas? ¿Thomas Larsen el simpático y educado caballero que regalaba muñecas y caramelos a la pequeña Cissy, había sabido esto... y había optado por chantajear a Aswell en lugar de denunciarlo a la policía o al FBI? ¿Y Katy Serling? ¿A qué se había dedicado Katy Serling para que Larsen pudiese hacerle chantaje? Era absurdo pensar que tal chantaje estaba basado en la profesión de Katy Serling. ¿Y George Taylor? ¿Pagaba un chantaje para que Larsen no dijese a la policía que tenía un club donde daba clases escénicas? Era absurdo.

Era todo tan absurdo, que Emerson Block comenzó a presentir atisbos de verdades...

Y en ese momento, el coche se detuvo.

—Salga detrás de mí Block —dijo Aswell.

Emerson miró hacia el muelle, en el que había varias embarcaciones. Se pasó la lengua por los labios. En aquel momento ya no pensaba en soluciones a los enigmas de ninguna clase. Sólo pensaba en encontrar un modo de salir de aquel apuro..., que podía ser el último de su vida.

—¡Vamos, salga! —le empujó Langdon.

Bergman y Forrest ya se habían apeado, y le esperaban ante la portezuela, con las manos en los bolsillos. Era imposible... En cuanto iniciase cualquier acto agresivo lo acribillarían, no tenía la menor oportunidad de sobrevivir.

Salíó lentamente del coche. Aswell le dirigió una irónica mirada y comenzó a caminar hacia una de las embarcaciones, en cuya borda, junto a la pasarela de acceso, se veía la silueta de un hombre tocado con una gorra.

Muy pocas personas habían cerca, pero no sería Emerson Block quien recurriese a ellas en busca de ayuda. Todo lo que conseguiría sería que matasen a algún desdichado, que no se enteraría ni siquiera de por qué había muerto.

Estaban a menos de diez metros del pesquero cuando, por detrás del grupo que se encaminaba a él, llegaron las luces de dos coches, a la vez, en rápidos destellos.

—¿Qué...? —Volvió la cabeza Aswell.

¡Crack!, chascó el puño de Emerson en su barbilla, tirándolo con las piernas hacia arriba. Y casi al mismo tiempo, corría ya hacia el muelle, describiendo velocísimos zigzags. Por detrás de él oyó las exclamaciones de los tres amigos de Aswell, y los apagados «plop» de algunos disparos, cuyas balas chascaron secamente por encima de su cabeza al encogerse sin dejar de correr, siempre en dirección imprevisible... Más atrás, se oyeron secos y nítidos estampidos de revólver, y una luz azul comenzó a destellar, una sirena a lanzar su sonido al aire, y comenzaron a oírse gritos de dolor...

Dejando todo esto atrás, Emerson Block llegó al borde del muelle justo en el momento en que el hombre que estaba esperando, y que le estaba apuntando con su pistola, lanzaba un aullido y desaparecía hacia atrás, hacia la cubierta.

Esto fue lo último que vio Block mientras saltaba hacia el agua.

Un instante después, se hundía en ésta, notando en el acto la fría sensación. Ya no oía nada.

Nadó todo cuanto pudo por debajo del agua. Cuando salió, abriendo ansiosamente la boca, estaba alejado unos quince metros del pesquero. Se oían disparos y gritos, y las luces largas de tres coches ahora iluminaban la embarcación de lleno. Un hombre corría hacia el pesquero, renqueando, arrastrando un portafolios... Emerson lo identificó justo en el momento en que Ben Aswell, volviéndose con la pistola en la diestra, recibía un impacto que lo alzó del suelo, le hizo dar la vuelta y lo tiró de cabeza al agua, tras rebotar en el borde del muelle.

Sonaron tres o cuatro disparos más. Luego, varias figuras aparecieron en el borde del muelle, mirando hacia el agua.

—¡Emerson! —tronó la voz de Mac Craig—. ¡Emers...!

—¡Aquí, capitán! ¡Estoy bien!

Mac Craig comenzó a dar órdenes. Algunos policías abordaron el pesquero. Un coche se acercó al borde del muelle, lanzando mar adentro las luces de sus faros. Se oían silbatos policiales...

Emerson estaba ya muy cerca del muelle cuando oyó a Mac Craig:

—¡Harris, ayuda a Emerson a sal...!

—¡No! —gritó Block—. ¡Puedo hacerlo solo!

No sólo pudo hacerlo, sino que remolcó hacia una de las escalinatas de piedra el cadáver de Ben Aswell, que todavía encontró flotando casi en posición vertical, pero con la cabeza metida en el agua, como si estuviese mirando hacia el fondo. Harris apareció, y con la ayuda de un agente de uniforme, se hizo cargo del cadáver, que fue depositado en tierra firme. Mac Craig tendió la mano a Emerson, convencido de que éste no podría sostenerse sobre sus piernas.

—¿Estás bien? —masculló.

—Sí, señor... Lo siento, señor...

Mac Craig soltó un bufido y se alejó. Emerson se sentó en un noray, y se contempló a sí mismo, desalentado. ¿Realmente estaba bien? Le dolía la herida del costado, estaba helado, magullado... y convertido en un fante. En el muelle, detectives de Homicidios y policías de uniforme alejaban a los curiosos de las cercanías de los cuerpos caídos en trágicas posturas. Indudablemente, Langdon,

Forrest y Bergman no eran de los que aceptaban perder la partida sin luchar. Habían preferido morir, igual que Ben Aswell. Miró el cadáver de éste, tendido en el suelo cerca de él.

—Hay uno que aún está vivo —oyó la voz de Harris—, pero no creo que dure mucho. Para mí que esta gente estaba loca, sargento.

Emerson lo miró.

—Mataron a uno de los suyos en el Pato Volador —dijo.

—Ah. Bueno, de todos modos, se han comportado como locos. El capitán está que echa fuego contra usted.

—Lo comprendo —asintió Emerson.

Comprendía eso y muchas más cosas. La fortuna había estado de su parte: Mac Craig debía haber llegado al Pato Volador cuando a él lo sacaban de allí, dispuesto a rodear el club antes que nada. Habían visto cómo lo metían en un coche, y habían optado por seguirlos a la espera de una ocasión no peligrosa para él y atacar entonces. Mientras había durado la persecución, Mac Craig había llamado por el radioteléfono de su coche, dando instrucciones, de modo que más coches con detectives y agentes de uniforme habían ido cerrando la trampa en torno a Ben Aswell y los suyos. Y finalmente, al comprender que a él se lo iban a llevar en el pesquero, habían decidido intervenir, no sin antes avisarle de su presencia lanzando unas ráfagas de luz con los coches... Si después de esto, Emerson Block se quejaba de su suerte, merecía que lo emplumasen, se dijo.

Notó la mano en un hombro, y alzó de nuevo la cabeza.

—¿Qué? —musitó.

—Digo que el capitán Mac Craig me ordenó que lo llevase a su apartamento..., y que esta vez me quedase con usted, sargento.

—Pero...

—Si yo fuese usted, obedecería —sonrió Harris.

* * *

Primero llegó al apartamento el doctor Samuelson, refunfuñando un poco, pero tomándose finalmente el asunto con cierta guasa cuando Emerson se vio obligado a explicar que, en efecto, aquella cura no era la que le había practicado Samuelson anteriormente, sino obra de una mujer que estaba en el último curso de Medicina.

¿Acaso estaba mal realizada la cura? No, pero a juicio de Samuelson, Emerson Block era un tipo que sabía rodearse de buen ambiente en sus trabajos.

Eran casi las dos de la mañana, ya bañado, con una cura nueva en la herida y envuelto confortablemente en un albornoz Emerson Block, cuando Mac Craig llegó al apartamento. Parecía cansado, y sin duda tenía muy buenos motivos.

Se dejó caer en un sillón y miró a Harris, que estaba tomando café, igual que Emerson.

—¿Le has contado algo? —Gruñó.

—Usted dijo que no lo hiciese, señor.

—Bien. Supongo que Emerson tiene por aquí algo más agradable que café. Sírreme un trago de alcohol, Harris.

—Sí, señor.

Sentado en otro sillón, Emerson Block miraba a su jefe, esperando la lógica y merecidísima reprimenda Pero Mac Craig no dijo nada hasta haber bebido el primer trago del vaso de *whisky* que le sirvió Harris.

—Supongo que a las dos de la mañana puedo considerarme fuera de servicio, y que un policía honrado tiene derecho a un trago, ¿no es así? —masculló.

—Sin duda alguna, señor —asintió Emerson.

—Bien. ¿Sabías que el coche de Ben Aswell estaba lleno de drogas?

—No, señor, pero no me sorprende. Cuando yo llegué al Pato Volador, ya las estaban recogiendo, porque Lacon, el cómplice de George Taylor en aquel club al que le llamé...

Emerson explicó lo ocurrido. Cuando terminó, Mac Craig bebió otro trago de *whisky*, pensativo.

—Los alarmaste, por fin. Así que sacaron las drogas de su escondrijo en el almacén..., que por cierto ya hemos descubierto, y de donde hemos retirado el cadáver de Lacon, y se dispusieron a huir. Igual que has estado haciendo tú de mí, Emerson.

—Bueno, señor, yo quería...

—Ya no importa. En realidad, con tu terco comportamiento te has estado perdiendo toda una serie de informaciones interesantes que podrían haberte abierto los ojos. Por ejemplo, tú me dijiste que Katy Serling había mencionado unas terneras, ¿no? Pues bien, yo

sé lo que son las «terneritas».

—¿Qué son?

—Chicas a domicilio. Encontramos un formidable álbum en la casa de la Serling. En resumen: Katy Serling dirigía un grupo muy selecto de jovencitas que se dedicaban a la prostitución cara. Pero espera... También encontramos algo en el club de los jovencitos aquellos. Había un compartimiento secreto en el despacho de George Taylor, lleno de filmes pornográficos y cámaras para proyectarlos. ¿Te lo explico?

—No, señor... —murmuró Emerson—. Con el cuento del club para futuros actores y actrices, Taylor tenía instalado allí un antro de corrupción muy rentable para él.

—Exacto. Por lo tanto, tenemos ya la segunda porquería, para añadir a la primera, la de Katy Serling. La tercera porquería es la de Ben Aswell: drogas. Drogas que posiblemente vendía a los clientes del Pato Volador, a los muchachos del club de actores... En fin, a quien le diese la gana. Pero si en lugar de estar escondiéndote de mí, me hubieses llamado habrías sabido que nosotros también hemos trabajado algo. Mientras tú estabas con la señorita Mayfield, yo organicé grupos para que el trabajo continuase. Envié un grupo a visitar a William Karr, uno de los anotados en su correspondiente libreta: otro grupo, a visitar a Walter Finch, y yo me fui hacia Ben Aswell, por suerte para ti. Ahora vayamos analizando personaje por personaje los cinco que tenían cada uno una libreta. Katy Serling: muerta. George Taylor: muerto. Ben Aswell: muerto. William Karr: muerto. Walter Finch: paradero desconocido.

—¿William Karr también está muerto?

—El grupo que fue a visitarlo fue recibido a tiros. ¿Qué actividades dirías tú que realizaba William Karr?

—No sé.

—Atracos. Tiene..., mejor dicho, tenía una casa destartada en la North West 62nd Street. Korvin fue el encargado de ir a verlo, y como te he dicho, fue recibido a tiros... Tenemos a un agente herido en un hombro, en el hospital. Pero William Karr y los tres hombres que había con él perdieron la partida. Bien... Después de matarlos, la casa fue ocupada. ¿Recuerdas el atraco a la Racellow Jewelry?

—Sí... Sí, sí. De ésa joyería se llevaron más de seiscientos mil

dólares en joyas, y nunca pudimos...

—Ya los hemos encontrado. Algunas de las joyas han sido halladas en la casa de Karr. Y billetes con la numeración que corresponde al millón cuatrocientos mil que fueron robados en el South Florida Bank... ¿Recuerdas eso también?

—Claro.

—Y otras pequeñas cosas. Emerson, ¿no te das cuenta? Cada una de las personas anotadas en una libreta de las halladas en la caja de Thomas Larsen se dedicaba a una actividad delictiva. La Serling, al negocio de las call-girls; George Taylor, con su sucio negocio, a cuyos jóvenes clientes quizá les vendía drogas que le facilitaba Ben Aswell; William Karr se dedicaba a cometer atracos... Y ahora yo pregunto: ¿Cómo era posible que Thomas Larsen supiese todo eso? ¿Y por qué no avisó a la policía o al FBI?

—Yo también he pensado sobre eso, señor. Y creo que lo he comprendido: Thomas Larsen no estaba sometiendo a chantaje a esa gente, sino que la dirigía. Era el jefe de todos esos grupos. Y el dinero que anotaba no era el cobro de chantajes, sino su parte en cada uno de los negocios. En otras palabras: era el jefe organizador de una gran pandilla de canallas. Un hombre mayor, inteligente, sin empleo y sin jubilación, pero que tenía más de un millón de dólares en su cuenta bancaria... Lo preparaba todo, dirigía los grupos y cobraba. ¿Es eso lo que usted ha pensado?

—Sí. Quizá nos equivoquemos, pero me sorprendería mucho. Y entonces, entramos de lleno en el desconcierto. Si Larsen era el jefe de esos grupos, y ellos le pagaban buenas cantidades a cambio de su inteligencia organizadora..., ¿por qué tenían que matarlo? ¿No te parece absurdo? Ha quedado demostrado que todos eran gente de cuidado, pero no demasiado listos. Para ellos, tener a su disposición un cerebro organizador y director era estupendo. ¿Por qué matarlo, entonces?

—No sé. Falta uno, de todos modos: Walter Finch. Es el que ha desaparecido..., y quizá él sí tenía motivos para eliminar a Thomas Larsen.

—Podría ser. Entre esa gente puede ocurrir todo. Quizá Walter Finch sea un «listo», y haya matado a Larsen para ocupar su lugar. Pero eso sólo lo sabremos cuando lo encontremos..., lo que no parece demasiado fácil en estos momentos. Se ha olido el riesgo y

ha puesto tierra de por medio.

Emerson asintió, frunciendo el ceño.

—Tenemos todavía otras cartas por jugar, señor: Elinor vio al asesino.

—Ah, sí, la señorita Mayfield...

—Ella vio a George Taylor en su club, y dijo que no era el hombre que vio salir de la casa de Larsen. Ahora nosotros tenemos en la Morgue toda una serie de cadáveres que convendría que ella examinase...

—Hombre, Emerson...

—No se asustará, se lo garantizo —sonrió Block—. Ha visto más muertos que nosotros. Claro que no a balazos, pero ¿qué más da? Examinó con toda serenidad a Taylor, y no veo por qué no ha de hacer lo mismo con Aswell, Karr y sus respectivos compinches. Y con Lacon.

—Está bien. ¿La llamas tú o la llamo yo? Pero no para esta noche, claro. Puedes citarla para las nueve o las diez de la mañana.

—Sí, la llamaré yo. En cuanto al desaparecido Walter Finch...

—En cuanto al desaparecido Walter Finch —bufó Mac Craig—, te vas a quedar quietecito aquí, y si hay que buscarlo, lo haremos nosotros. Emerson: un solo desacato más a mis órdenes y tu posibilidad de ascender a teniente va a sufrir un considerable retraso. ¿Está claro?

—Sí, señor —gruñó Block.

—Bien. A decir verdad, estoy deseando que asciendas... —El capitán Mac Craig terminó el *whisky* y torció el gesto—. A ver si entonces compras *whisky* mejor que éste. Y ahora, en serio: ¿vamos a amargarle la noche a Harris obligándole a quedarse aquí? Está casado hace cuatro meses y su mujer es un bombón, ya lo sabes.

—No, señor —sonrió Emerson—. Por mí, Harris puede marcharse. Le doy mi palabra de que no saldré del apartamento sin su permiso hasta que vaya mañana a la Morgue.

—De acuerdo. Vámonos, Harris.

—Sí, señor —sonrió éste—. Gracias, sargento.

—No sé si decirte que descansas, Harris —guiñó un ojo Emerson Block.

CAPÍTULO VIII

Por lo general, ser un cumplidor fiel del deber suele tener su recompensa, más pronto o más tarde.

A las cuatro de la madrugada, Emerson Block estaba en la cama, pero sin poder dormir. Y esto, porque quería cumplir su deber con la máxima perfección posible. Del grupo de Thomas Larsen faltaba un hombre, del cual no se sabía nada. Sólo su nombre: Walter Finch. ¿Podía ser este hombre el que había removido todo el asunto?

Quizá. Era el único que no había sido hallado. Podía ser el más listo de todos ellos. ¿Por qué no? Tan listo, que hubiese querido incluso desbancar a Thomas Larsen en la jefatura.

Al pensar en Larsen, pensó en Elinor Mayfield y en Cissy. Sí, una honrada familia puede estar viviendo toda la vida al lado de un simpático vecino, convencidos de que es una bellísima persona, un caballero amable, cariñoso y educado, y al final resultar que el tal caballero no es más que un gánster sin escrúpulos, un tipo que dirige a gente capaz no sólo de robar, sino de matar, como había sucedido en dos de los atracos del grupo de William Karr. ¿Y la pornografía de George Taylor? Sólo una mente muy sucia puede organizar un club para jovencitos que vayan a ver porquerías y posiblemente a convertirse en adictos a cualquier clase de droga. Droga que procuraba el alto, guapo y rubio Ben Aswell. En cuanto a Katy Serling, seguramente, tirando del hilo, incluso encontrarían conexiones de su grupo con la trata de blancas procedentes de América del Centro y Sur.

O sea, que como solía decir el viejo sargento Peacock, Thomas Larsen había sido un sujeto que había vivido hundido en excrementos hasta las orejas. Así que, desde un punto de vista

humanístico y justiciero, bien estaba que Thomas Larsen hubiese muerto y remuerto cien veces.

Okay.

Pero..., ¿quién lo había matado? Solamente quedaba Walter Finch. Por supuesto, Walter Finch no podía ser demasiado listo. Su talla mental debía estar aproximadamente a la altura de los otros cuatro, de eso no tenía Emerson la menor duda, porque si Finch fuese más listo que los demás, no habría estado «asesorándose» por el muy amable, educado y canallesco Thomas Larsen, sino que habría estado operando por su propia cuenta en su «negocio», cualquiera que éste fuese.

Luego estaba lo de los detalles extraños: la flor, las naranjas, la baraja, la corbata, los cuadros colocados al revés, el libro abierto sobre el vientre de Larsen, un zapato en la mano y el otro puesto, la pipa metida en una fosa nasal, la sortija en la boca. Nueve detalles extraños, nueve. No ocho. ¿Por qué todo aquello? Si lo había escenificado Walter Finch, demostraba tener una gran imaginación; y la imaginación, por lo general, suele estar acompañada de inteligencia. Y si ni Walter Finch ni los otros cuatro eran demasiado listos..., ¿cómo podían tener tanta imaginación?

Tendido de lado en la cama, de cara a la ventana, por la que veía el resplandor de las luces de la calle, que iluminaban tenuemente su dormitorio, Emerson Block refunfuñó algo, y se puso boca arriba, como queriendo ver en el techo imágenes que aclarasen sus dudas.

La sortija...

La sortija había sido de Thomas Larsen. La pipa, también, porque en la autopsia se había revelado que Larsen fumaba en pipa... Entonces, ¿todo lo demás era también de su propiedad? La baraja, las naranjas, el libro, la corbata... Estas tres últimas cosas no tenían nada de extraordinario. En cuanto a la baraja, un hombre que vivía solo podía perfectamente ser aficionado a los solitarios.

No. Todo aquello no había sido escenificado antes, sino después de que Larsen muriese. ¿Un asesino que se entretiene organizando todo aquel *show*?

¿Por qué?

¿Para qué?

¿Para desorientar a la policía? Muy bien, de acuerdo. Pero si el

asesino era Walter Finch, debía saber muy bien que Thomas Larsen podía tener en casa alguna cosa que le comprometiese a él y a los demás del grupo. Entonces, en lugar de perder el tiempo organizando el extraño escenario, le habría sido más sencillo, y desde luego mucho más práctico, ir al despacho, buscar las llaves de la caja fuerte (que habría encontrado fácilmente), abrirla y llevarse todo lo que había allí.

Con todo esto, es decir, sin haber encontrado las libretas, sí que habría dejado desorientada a la policía.

A decir verdad, Emerson Block estaba ya cansado de pensar. Así que se dispuso a dar la vuelta en la cama, para colocarse boca abajo, dispuesto a intentar dormir en su postura favorita.

Y justo en aquel momento tuvo la recompensa a su dedicación al trabajo.

Fue justo entonces cuando oyó el suave chasquido hacia la entrada del apartamento. Un chasquido tan ligero que de ninguna manera lo habría oído si hubiese estado durmiendo. Tan ligero, que hasta podía ser cosa de su imaginación, una simple alucinación acústica.

Cinco segundos más tarde oyó perfectamente, sin lugar a dudas, el roce de algo en el suelo, ahora más cerca. Se sentó en la cama, notando un ramalazo de frío que desde la nuca recorrió su columna vertebral con la velocidad de un relámpago.

Y el escalofrío se repitió cuando de pronto recordó que no tenía su revólver. Se lo había quedado Ben Aswell, había caído con él al agua y ahora el arma debía estar junto a las demás pertenencias de Aswell, en la Morgue, inutilizado por el momento para ser usado.

Sigilosamente, salió de la cama, llevándose la almohada, y se retiró hacia el ángulo de la pared y el armario empotrado. Ya no oía nada. Nada. ¿Se había equivocado?

No.

Volvió a oír el roce, ahora delante mismo de la entrada al dormitorio. Alguien había entrado en su apartamento, utilizando una ganzúa para abrir la puerta. Un experto, sin duda alguna.

Había estado esperando a que se fuesen Harris y Mac Craig, y luego, casi dos horas, para asegurarse de que él estaría dormido. Un experto, que llevaba suelas de goma, sabía abrir puertas, deslizarse en la oscuridad, tomarse el tiempo necesario para que sus ojos se

fuesen habituando a ella. Un experto sin prisas, de nervios de acero...

La sombra apareció de pronto en el dormitorio, efectuando un paso. Quedó dentro, a un paso del umbral a su espalda, de frente hacia la cama. Debía estar viéndola, vacía.

Al mismo tiempo que veía el brillo mate de la pistola en la mano derecha del visitante, Emerson vio relucir los cristales de sus lentes cuando aquél movió la cabeza. Es decir, cuando comenzó a moverla, precisamente hacia donde estaba Emerson, convencido de que su pieza de caza tenía que estar allí.

Y estaba. Pero no dispuesta a dejarse cazar.

Todavía estaban reflejando la luz del exterior los cristales de los lentes en su movimiento, cuando Block lanzó la almohada. No hacia la mano que empuñaba la pistola; con eso no había conseguido nada. Y realmente, Emerson Block era un hombre inteligente; lanzó la almohada, con toda su fuerza, hacia los lentes, hacia aquellos dos puntos que reflejaban la luz de la calle.

El impacto fue certero. Se oyó una exclamación simultánea con el blando choque de la almohada contra el rostro del visitante, y acto seguido, el apagado «plop» del disparo efectuado con silenciador. La bala dio en el suelo, donde rebotó arrancando chispas, y fue a dar con seco golpe contra la pared, a la derecha de Emerson. El cual ya estaba saltando hacia el visitante, en el instante en que la almohada y los lentes caían al suelo.

Fue un encontronazo tremendo.

El visitante, empujado por Emerson, fue a chocar de lado contra la pared, profiriendo un sonido que a Block le pareció el maullido de un gato alarmado y furioso. En la penumbra, Emerson buscó desesperadamente la mano armada del otro cuando se oía un nuevo «plop», y otra bala rebotaba contra el suelo.

Emerson encontró la mano armada y la apartó, oyendo todavía otro chasquido, otro rebote, y en seguida, el crujir de cristales bajo uno de sus pies: acababa de pulverizar unos lentes.

Y acababa de recibir un rodillazo en el bajo vientre que por un instante estuvo a punto de zanjar la cuestión. Pero, resistiendo el agudo dolor, sabiendo que su vida estaba en juego, Emerson disparó su puño derecho, que golpeó en duro. Oyó el bramido de dolor, y volvió a golpear en el mismo sitio...

De nuevo notó el impacto en su puño. Pero, al mismo tiempo, él también recibía un golpe en la barbilla que le hizo ver las estrellas donde no las había. Un golpe tan potente que Emerson retrocedió a trompicones, tirando del otro, pues no quería soltar su mano armada, que mantenía apartada en lo posible.

Jadeando los dos, fueron retrocediendo, perdiendo el equilibrio hacia atrás de Emerson, desplazándose torpemente hacia la ventana. Estaba a menos de tres metros de ésta cuando Emerson recibió otro puñetazo, ahora en el pecho, que terminó con su ya precario equilibrio.

Cayendo de espaldas, continuó tirando de aquella mano, siempre manteniéndola apartada. Estaba aterrado, porque sabía ya que aquel hombre era más fuerte que él. Podía ser algo miope, pero su potencia física era aterradora. Así que, mientras caía de espaldas tirando de su adversario, arrastrándolo, Emerson comprendió que era lo mismo que colocarse encima de él un auténtico tigre.

Su reacción, apenas tocó el suelo con la espalda, fue más bien mecánica, instintiva: colocó el pie derecho en el vientre del otro, siguió tirando de la mano armada, y cuando la sombra del asesino estaba cayendo sobre él, distendió la pierna con toda su fuerza, de modo que aquel cuerpo fortísimo pasó por encima de él, fuertemente impulsado.

Primero oyó el fuerte jadeo entrecortado; luego, el alarido de pavor; en seguida, el reventar de los cristales de la ventana, el gran estrépito; el agudo chillido de espanto en el exterior; el sordo impacto de algo pesado abajo, en la calle, tres pisos más abajo, y a continuación, durante lo que pareció una eternidad, el caer de cristales...

Luego, el silencio.

Emerson Block se puso en pie y corrió hacia la destrozada ventana, asomándose. Con ojos desorbitados, contempló el cuerpo caído allá abajo, retorcido, rodeado de pequeños fragmentos de cristal que reflejaban las luces del alumbrado público.

—¡Dios!... —jadeó.

Corrió a encender la luz del dormitorio, y luego se precipitó hacia el teléfono.

—Bueno... —refunfuñó el doctor Samuelson—, esto ya me parece un pitorreo, francamente, sargento.

—Lo siento —refunfuñó también Emerson.

—¿Sabe usted qué hora es?

—Casi las cinco de la mañana.

—Al menos, su reloj va bien. Veamos eso.

Samuelson se dedicó a atender la herida de Emerson, que nuevamente sangraba. Sentado en un sillón de la sala del apartamento, el capitán Mac Craig los contemplaba en silencio. Por el amplio ventanal se veía la luz giratoria de una ambulancia, tres pisos más abajo. Luego se oyó el zumbido del motor, que se fue alejando.

Dos minutos más tarde, Harris y Watrons, otro detective, aparecían en la sala. Harris llevaba una pistola con silenciador sosteniéndola con un bolígrafo pasado por el guardamonte.

—Aunque es inútil —dijo—: el sujeto llevaba guantes negros. Y un chaleco a prueba de balas. Y un juego completo de ganzúas. Y una documentación a nombre de Walter Finch.

Fue Watrons quien tendió la billetera a Mac Craig, así como las ganzúas, un llavero con cuatro llaves y una navaja de resorte. Mac Craig abrió la billetera, y, en efecto, allá estaba la documentación a nombre de Walter Finch.

—El último de la lista —murmuró.

—Esas llaves pequeñas deben ser de un coche, señor —dijo Watrons—. Seguramente, Finch lo dejó por aquí cerca... ¿Quiere que lo busquemos? Abajo están Elmer y tres agentes, que podrían ayudarme.

—Sí, hazlo, por favor —le tiró las llaves Mac Craig.

Watrons abandonó el apartamento, y todos quedaron de nuevo en silencio. De pronto, Emerson miró a Harris.

—Lo siento, Harris.

—Ya estábamos durmiendo —sonrió el detective.

—El último de la lista —murmuró de nuevo Mac Craig—. Y no cabe duda de que le caías mal, Emerson. ¿Sabes lo que pienso? Walter Finch fue avisado, quizá por Lacon o por Ben Aswell, de que un tipo llamado Emerson Block andaba complicándoles la vida a todos. Finch te buscó en el listín y se vino a por ti. Mientras él esperaba sucedieron cosas que él ignoraba, claro. Simplemente, te

esperaba. Llegaste con Harris, luego llegué yo... Finalmente, quedaste solo. Así que esperó, y cuando le pareció oportuno, subió a por ti.

—Era un profesional, estoy seguro —musitó Emerson—, ¿y sabe qué estoy pensando al respecto, señor?

—No me lo digas... —Se estremeció Mac Craig—. ¿Thomas Larsen tenía a Walter Finch para atender su... Sección de Asesinatos por Encargo?

—Sí, señor. Toda una joya el señor Larsen. Negocio completo: drogas, trata de blancas, atracos, prostitución, asesinatos... ¿Qué más se puede pedir?

—A partir de ahora no me fiaré nunca de los caballeros atractivos, amables y educados que regalen muñecas a preciosas niñas. Pero seguimos sin saber quién mató a Larsen.

—Por supuesto, fue Finch.

—Ah. ¿Estás seguro?

—Ya no quedan más. Y éste era asesino profesional. ¿Quién si no? Estuvo a visitarlo, seguramente para recibir instrucciones sobre un encarguito, se enfadaron por algo... y Finch lo mató. Luego, con un destello de inteligencia, de imaginación o de humor, preparó todo el escenario. Un hombre que no siente el menor respeto por la vida ajena, dotado de nervios de acero, puede hacer perfectamente todo eso, con el fin de desorientar a la policía. No había huellas en el mango del cuchillo, ¿verdad? Pues fue porque o bien Finch se puso los guantes para hacer el trabajo, o bien las borró. Debía ser un experto en eso. Un hombre de detalles.

—Sí... —admitió Mac Craig—. Sí, parece razonable.

—Yo también lo creo así —asintió Harris.

—Y hasta yo, que no entiendo mucho de estas cosas, estoy de acuerdo —dijo Samuelson—. ¡Caramba, son ustedes rápidos trabajando, capitán!

—A veces hay suerte —encogió los hombros Mac Craig—. Mucha suerte, porque esto será el empujón definitivo para Emerson. Lo veo de teniente antes de un mes.

—Enhorabuena, señor —sonrió Harris.

—Gracias, Harris, pero esperemos a que sea verdad —dijo Emerson.

—Esto ya está —se apartó Samuelson de Block—. Me gustaría

saber si tengo alguna probabilidad de dormir tres horas seguidas.

—No creo que pase nada más —sonrió Emerson—. Gracias, doctor.

Samuelson se marchó. Al poco llegó Watrons, con expresión de triunfo, portando un negro y sólido portafolios, que depositó sobre la rectangular mesita que había ante el sofá.

—Fuimos probando las llaves en varios coches, y lo encontramos. Esto estaba dentro del maletero. Y la llave está aquí.

—¿Ya has visto su contenido?

—Sí, señor.

—Bueno, pues ábrelo que lo veamos nosotros, si te parece bien —bufó Mac Craig.

Watrons abrió el portafolios. En realidad, era un estuche muy bien preparado, con alveolos para una pistola, silenciador y cargador de pistola; además, desmontado, se veía un rifle y una mira telescópica.

—A mi entender —musitó Emerson Block—, todo lo que nos queda por hacer es que Elinor Mayfield identifique a Walter Finch como el hombre que vio salir de la casa de Thomas Larsen..., que el diablo tenga en su reino.

CAPÍTULO IX

El domingo por la mañana, a las diez, Cissy Mayfield estaba mirando por el ventanal del salón cuando vio aparecer el coche. Éste se detuvo delante de la casa del señor Larsen, y dos hombres se apearon...

—¡Tía Elinor! —gritó la niña—. ¡Tía Elinor, ha venido el policía guapo!

Como no recibiera respuesta, Cissy corrió escaleras arriba y entró en el cuarto que ocupaba tía Elinor siempre que iba de visita o a cuidarla en ausencia de sus padres.

—¡Tía Elinor!

—¡Estoy en el baño, Cissy! —Le llegó la voz.

La niña corrió hacia allí y entró excitadísima. Elinor Mayfield, metida en la bañera con la espuma del gel cubriéndola hasta la barbilla, la miraba severamente.

—¡Tía Elinor, el po...!

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no grites, Cissy? Estuve estudiando hasta muy tarde, estoy cansada, y tus gritos estropean mi relajamiento en el baño. ¿Lo comprendes, querida?

—Sí, tía Elinor.

—Bueno. ¿Qué es lo que pasa?

—¡Ha venido el policía guapo!

—¿Está en casa? —Respingó Elinor.

—No, no... Ha llegado con otro hombre, y me parece que quieren entrar en la casa del señor Larsen ¡Como son policías...!

—¿En la casa del señor Larsen? ¿Quién es el otro hombre?

—No sé. Es muy alto, y un poco gordo, y tiene cabellos blancos por aquí... —Cissy se tocó las sienes—. ¿Quieres que vaya a ver si han entrado en la casa del señor Larsen?

—No.

—El señor Larsen todavía debe estar en el hospital, ¿verdad?

—Seguramente. Ya sabes que la policía es muy servicial, así que a lo mejor han venido a buscar algo que el señor Larsen necesita. Yo creo que no debemos molestarlos.

—Bueno. ¡Ya verás como el policía guapo vendrá aquí cuando salga de la casa del señor Larsen!

—¿Por qué crees eso?

—¡Porque tú le gustas!

—Ah. ¿Y cómo lo sabes?

—¡Porque vi cómo te miraba!

—Vaya... Bueno, es posible que tengas razón, y que Emerson venga a visitarnos aprovechando que está tan cerca. Y como no quiero que me encuentre en la bañera, voy a vestirme ya. ¿Sabes qué puedes hacer, Cissy? Ve a la cocina y muele café. ¿Quieres ayudarme?

—¡Oh, sí!... ¡Me gusta hacer esas cosas!

—Pues ve a hacerlas. Y ten cuidado no te lastimes.

—¡Claro que no!

Cissy salió corriendo del cuarto de baño. Elinor se puso en pie en la bañera, cubierto el cuerpo bellísimo por espuma de gel. Tras quitar el tapón de desagüe, procedió a ducharse rápidamente. Estaba segura de que Emerson la visitaría, y para entonces quería estar ya vestida...

«¿Qué estarán haciendo ahora en la casa de ese canalla?», pensó.

* * *

Mac Craig estaba moviendo aprobativamente la cabeza.

—Desde luego, no hay ni uno solo de esos detalles que no concuerde —admitió—. Todas las cosas pertenecen a la casa, o al menos no tenemos por qué pensar lo contrario, Emerson. El libro, la corbata, las naranjas... ¿Y la flor?

—Sí, señor. En casi todas las casas de por aquí hay flores como ésa. Hemos visto algunos arbustos al cruzar el jardín, supongo que se ha fijado.

—Pues no... Pero ahora que lo dices, es cierto, sí... —El capitán Mac Craig señaló los cuadros, que todavía estaban vueltos al revés

—. ¿Te parece que eso puede tener algún significado?

—No lo creo —negó Emerson—. Deben ser cuadros corrientes, eso es todo. Dudo mucho que encontremos ninguna pista fantástica en ellos. Pero veamos. Ya podemos tocarlo todo, puesto que tenemos el caso resuelto.

—Tú dices tenerlo resuelto —murmuró Mac Craig—. Pero a mí me parece todo demasiado... fantástico.

—Le demostraré que no, señor.

Emerson fue colocando adecuadamente los cuadros. Había paisajes y escenas ciudadanas. Excepto uno de ellos, que era de lo más raro, todo rayas de colores. Los dos policías se miraron y encogieron los hombros.

A excepción del cadáver, todo seguía igual en el salón de la casa de Thomas Larsen, prácticamente. Nadie había entrado, nadie había tocado nada. Las naranjas estaban intactas. La flor se estaba marchitando en el suelo, sobre la forma de la mano de Larsen, dibujada con tiza sobre la alfombra, como todo el cuerpo. Y el libro abierto, la baraja...

—Bien, vamos a ver a la señorita Mayfield —dijo Mac Craig.

Salieron de la casa y caminaron hacia la de los Mayfield. Llamaron a la puerta, y a los pocos segundos apareció Cissy; se había puesto un delantal de su madre, muy bonito, que arrastraba por el suelo.

La niña sonrió luminosamente, mostrando los encantadores hoyuelos de sus sonrosadas mejillas.

—¡Buenos días, Emerson! —exclamó—. ¡Estoy preparando café!

—Estupendo, Cissy —sonrió Block—. Bueno, digo estupendo porque supongo que vas a invitarme, ¿no?

—¡Claro que sí! ¡Tía Elinor está bañándose!

—Eso está muy bien —aprobó Emerson—. Las personas tienen que ser limpias, porque así huelen bien y están más saludables.

—¡Yo también me baño mucho!

—Magnífico. ¿Podemos entrar, Cissy?

—¡Oh, sí!... ¿Quién es este señor?

—Pues —presentó Emerson, apartándose para dejar paso a Mac Craig— es nada menos que un capitán de la policía. ¿Qué te parece? El capitán James Mac Craig.

—¡Un capitán! ¡Debe llevar una pistola más grande que la suya,

Emerson!

—Bueno —rugió Mac Craig—, las pistolas son más o menos iguales todas dentro del servicio, Cissy. Porque si no, imagínate. Cuanta más graduación se fuese teniendo, más grande tendría que ser, y entonces, los peces muy muy gordos, tendrían que llevar un cañón.

Cissy miraba a Mac Craig con los ojos muy abiertos. De pronto, se echó a reír.

—¡Me está tomando el pelo!

—Claro que no. Eres una niña preciosa y simpática, así que, ¿por qué habría de tomarte el pelo? Y oye una cosa: ¿sabes que tienes el cabello rubio más bonito que he visto en mi vida? ¡No creo que pueda haber otro igual!

—Mi papá lo tiene muy parecido... ¡Y tía Elinor lo tiene igual igualito que yo!

—¿Qué me dices? Pues tengo muchos deseos de conocer a tu tía Elinor. ¿Crees que tardará mucho en terminar de bañarse?

—No, porque cuando le dije que había visto a Emerson me dijo que se iba a vestir. ¡Yo estoy preparando el café!

—¿Qué te parece si te ayudo? Mejor dicho —reflexionó sabiamente Mac Craig—: ¿qué te parece si me enseñas a preparar café?

—¡Sí! ¡Sí, sí...! ¿Usted también quiere aprender, Emerson?

—A decir verdad, yo prefiero tomarlo, Cissy —sonrió Emerson Block—. Estoy seguro de que os saldrá estupendo. Mientras tanto, yo esperaré a tía Elinor. ¿Te parece bien?

—Bueno. Venga por aquí, capitán Mac Craig.

Éste y Emerson cambiaron una mirada. La de Mac Craig expresó cierta vacilación, incluso consternación. Emerson apretó los labios, y asintió con la cabeza. De esto no se dio cuenta Cissy, que tomó de una mano a Mac Craig.

—Mi mamá sabe hacer pasteles de bizcocho... ¿Usted sabe hacer pasteles de bizcocho, capitán Mac Craig?

—Pu... pues...

Desaparecieron los dos hacia la cocina. Emerson quedó como clavado al suelo, todavía apretados los labios, hosca la expresión. Tras breve vacilación, salió del salón, y subió al piso destinado a dormitorios.

Oyó ruido dentro de uno, y se acercó. La puerta estaba entornada, prácticamente abierta. Dentro, frente al armario, Elinor Mayfield se estaba terminando de vestir. Notó la presencia en la puerta, volvió la cabeza, y lanzó una exclamación.

—¡Oh! ¡Emerson!

—Lo siento, no sabía... Espero afuera, Elinor.

—¡Qué tontería! —ella corrió hacia él, y le echó los brazos al cuello—. Cissy me ha dicho que te había visto, y me he dado prisa, pero parece que no la suficiente.

—Siento haber...

Elinor se apretó más contra él, y lo besó en los labios. Las manos de Emerson se posaron en la cintura, estrechísima, y se crisparon allí mientras correspondía al beso de Elinor Mayfield... De pronto, ella se separó y lo miró a los ojos.

—¿Qué te pasa? —susurró.

—¿A mí? Nada... ¿Por qué?

—Casi me haces daño con las manos..., y noto tus labios como... como si fuesen de piedra... ¿Qué te pasa?

Emerson Block tragó saliva.

—Tenemos ya al asesino de Thomas Larsen. Bueno creemos que es él...

—¿Has venido a buscarme para que lo identifique?

—¿Podrías hacerlo?

—¡Claro! Ya te dije que vi bien al hombre, así que si es el mismo que salió... ¿No?

Emerson estaba moviendo negativamente la cabeza.

—No, Elinor. No podrás identificarlo, porque no viste salir a ningún hombre de la casa de Larsen la noche del viernes.

—Claro que lo vi —palideció ella—. Ya te dije...

—No, no, no. Ningún hombre visitó a Larsen la noche del viernes, Elinor. Hay una serie de detalles que pueden encajar tanto con un hombre, como con una mujer: las naranjas, la baraja, el libro, los cuadros al revés... Todo eso estaba dentro de la casa, y pudo ser utilizado por cualquiera. Pero está la flor... Fíjate bien, Elinor: dentro de la casa, Larsen no tenía flores. En una casa donde hay una mujer, es corriente ver jarrones con flores aunque se tengan muchas en el jardín..., o precisamente, porque hay flores en el jardín se cortan algunas y se ponen en un jarrón, o en varios.

Thomas Larsen vivía solo. Y generalmente, a un hombre que vive solo no se le ocurre poner flores en un jarrón. A una mujer, sí. ¿Lo comprendes, Elinor?

—Sí, sí, sí, pero...

—Fue una mujer la que estuvo la noche del viernes, en la casa de Larsen, no un hombre. Una mujer que llevaba una flor.

Seguramente, la tomó del jardín. Del jardín de Larsen o de cualquier otro de por aquí. Hay muchos que tienen arbustos de esas flores. Un hombre no corta una flor. Una mujer, sí. Puede llevarla en la mano, en la cabeza, prendida en el vestido...

—Emerson... Por Dios, Emerson... ¡No!

—Lo siento. Fue una mujer, ¿verdad?

—No —gimió Elinor—. ¡No, no, no!

—Sí. La mujer entró con una flor en la mano. Y me pregunto quién puede ser esa mujer. Es decir, me lo he estado preguntando..., y temo haber encontrado una respuesta. El capitán Mac Craig está ahora charlando con Cissy. Es un hombre mayor, cauto, amable, inteligente, así que no temas: Cissy no se dará cuenta de nada, no se asustará... Pero irá diciéndole a Mac Craig lo que éste quiere saber, le irá haciendo a la niña las preguntas que yo le he pedido que le formule.

—¿Qué... qué preguntas?

—Todas ellas, referentes a ti. Cissy; ¿salió la noche del viernes tía Elinor de casa? ¿Fue a ver al señor Larsen, quizá? El pobre señor Larsen ya debía encontrarse mal, así que tu tía Elinor fue a cuidarlo un poco, ¿verdad? ¿Qué hora era? ¿Te fijaste si tía Elinor regresó preocupada por el estado de salud del pobre señor Larsen? Preguntas por este estilo... Las preguntas que tú te asegurabas de que yo no podría hacerle a la niña, porque siempre que yo llegaba, la alejabas. Le dijiste que no había que contarle cosas a nadie... Cuando yo te llamé para preguntarte si Martha, la madre de Cissy, había ido a ver al señor Larsen para despedirse de él, comprendiste la verdad mientras, después de decirme que ibas a preguntárselo a la niña, reflexionaste... ¿Por qué te hacía yo esa pregunta? Y lo comprendiste: porque habíamos encontrado huellas de zapatos de mujer en el jardín. Entonces, me dijiste que Cissy decía que sí, que su madre había estado a despedirse de Larsen... ¿No es así, Elinor?

—Dios mío... ¡Dios mío!

Elinor estaba pálida. Pero no menos que ella lo estaba el sargento Emerson Block, cuyas manos se crispaban en aquella fina cintura de seda...

—¿Lo mataste tú?

—Sí... Sí, sí, yo... yo lo maté... ¡Sí!

—¿Por qué has vacilado? Comprendo que se vacile para negar: se está diciendo una mentira, siempre se nota un poco..., pero ¿por qué has vacilado para decir que tú lo mataste?

—No lo sé... ¡No lo sé, déjame! ¡Ya te he dicho que lo hice yo, ahora déjame, haz lo que quieras...!

Elinor se desprendió de las manos de Emerson, que quedó en aquella postura, desconsolado.

—¿Lo que quiera? —musitó—. No puedo hacer lo que quiero, Elinor. Sólo puedo hacer lo que debo hacer.

—¡Pues hazlo!

—No lo entiendes... Te amo, Elinor. No me importa que tú me hayas engañado, buscando un beneficio, una ventaja para que jamás sospechase de ti. Te vi, sentí algo nuevo... Y aunque me hayas engañado, quisiera...

—No te he engañado —sollozó ella—. ¡No lo he hecho, no!

—Está bien —suspiró profundamente Emerson Block—. Creo que no debemos alargar esto más. Estás... detenida... en nombre de la ley. Y ahora: ¿no quieres decirme por qué lo hiciste?

—Era un cerdo... ¡Un cerdo! ¡Un hombre sucio y repugnante, un hipócrita, un degenerado que...!

—¿Un degenerado? ¿Por qué? Sabemos que era un auténtico canalla, un ser nocivo para la sociedad, lo más repugnante que puedas pensar, pero... ¿un degenerado? ¿A qué te refieres?

—El... él asustó a Cissy... ¡La asustó, y yo... yo fui a verlo y a decirle...! ¡Lo maté!

Emerson Block quedó como alucinado. Se dejó caer en un silloncito, y quedó con la mirada fija en la ventana, hacia el dorado sol otoñal del exterior. Y entonces, en un instante, en una fracción de segundo, el rompecabezas se solucionó, como si una mano mágica hubiese movido todas las piezas a la vez, encajándolas a la perfección.

Miró a Elinor.

—¿Cissy fue el viernes por la noche a visitar al señor Larsen? —

susurró.

—No... ¡No!

—Sí... Lo hizo... Después de cenar, fue a verlo. Eran muy amigos, debía ir casi todas las noches a despedirse de él... Buenas noches, señor Larsen, hasta mañana... ¿Fue a decirle buenas noches, como siempre?

—No, no, no, no...

—Fue a decirle buenas noches... Él la hizo entrar en la casa, como siempre. Se sentaron en el sofá... Cissy había cortado una flor camino de la casa del señor Larsen. Estaban charlando en el sofá... Es refrescante conversar con una niña como Cissy. Es tan graciosa, tan simpática, tan deliciosa... Y tan bonita... Un degenerado ¡Un maldito canalla, promotor de todas las vilezas, un degenerado también, que de pronto, ve lo bonita que es una niña, y...! Sí, un cerdo... Recuerdo muy bien que Cissy me dijo que estaba enfadada con el señor Larsen. ¿Por qué? Porque el señor Larsen, con su... actitud canallesca asustó a la niña, y ella... ¡Ella se puso en pie, él también, él insistió, ella le empujó y salió corriendo, y fue a decirle a tía Elinor que el señor Larsen había hecho esto o aquello, que la había asustado, que ya no lo quería...! Entonces, tía Elinor va a ver al señor Larsen, para decirle lo que piensa de él, para advertirle que se lo dirá al padre de Cissy, quizá a la policía. Y cuando entra en la casa —la puerta está abierta— encuentra al señor Larsen tendido en el suelo, sobre la alfombra, muerto..., con la base del cráneo rota. Ha sido un accidente sin el menor asomo de dudas. Pero allá está Larsen, muerto. ¡Santo Dios, lo que ha ocurrido...! Y entonces, tía Elinor decide que de ninguna manera puede permitir que Cissy lo sepa. JAMÁS. Así que... decide... desorientar tan completamente a la policía que nunca se sepa la verdad. Y prepara todo el escenario. Apenas han pasado tres, cuatro, cinco minutos de la muerte de Larsen, así que a la cocina, agarra un cuchillo, y lo clava sobre el corazón del canalla. Lo hace bien, con serenidad, con precisión propia de un futuro médico que ya ha visto muchos cadáveres, está acostumbrada a la sangre, a heridas de accidentes, a cuadros trágicos y sangrientos. No se lleva la flor. La deja como un... motivo más de sorpresa para la policía. Finalmente, regresa a casa, y le dice a Cissy que ya ha reñido al señor Larsen. Y ahora, a dormir, querida, no ha pasado nada... Pero el hombre... Un hombre llamó a

la policía por la mañana. Un hombre que quería que se llevasen el cadáver de Larsen antes de que Cissy se diese cuenta de la verdad... ¿Quién fue ése hombre Elinor?

—No... no fue un hombre —tartamudeó Elinor, con ojos desorbitados—. Fui yo, que... que enronquecí la voz, puse un pañuelo en el micrófono... ¡Oh, Emerson!

Emerson Block se puso en pie, y la recibió en sus brazos. El bonito sol del exterior parecía reflejarse con suave resplandor en los todavía húmedos cabellos de Elinor Mayfield, que Block acarició como temiendo romperlos, o arrancarlos, desprenderlos de aquella cabecita que temblaba junto a su barbilla.

—Cálmate... Cálmate, mi amor, cálmate.

Este es el final

A las once y cuarto de la mañana, salieron de la Morgue Elinor Mayfield, Emerson Block, James Mac Craig, y el detective Harris. Fue éste último quién dijo:

—Bueno, asunto solucionado, gracias, a la señorita Mayfield. ¡Ya Sabíamos que el asesino fue Walter Finch de todos modos! Pero ahora que ha sido identificado por la señorita Mayfield, pues mucho mejor.

—Desde luego —asintió Mac Craig—. Bueno, Harris, tú y yo tenemos que ir al Departamento, mientras Emerson lleva a la señorita Mayfield a su casa.

—Sí, señor. —Harris miró sonriente a Elinor—. Adiós, señorita Mayfield. Ha sido usted muy amable.

Elinor se limitó a sonreír. Harris fue al coche, a esperar a Mac Craig ante el volante. El capitán tendió la mano a Elinor, sonriente.

—Besitos a Cissy, señorita Mayfield.

—Capitán, yo...

—Olvídelo —se borró la sonrisa de Mac Craig—. Lo que realmente sucedió sólo lo sabemos usted, Emerson y yo. Se suele decir que un secreto entre tres es un secreto a voces. Pues bien: nosotros tres demostraremos todo lo contrario. ¡Por el cielo, jamás he sabido de nadie que mereciese la muerte tanto como ese puerco de Thomas Larsen! Creo que tienes libre el resto del domingo, ¿no, Emerson?

—Sí, señor —sonrió éste.

—Caramba, te envidio... ¡Apuesto a que lo pasas en compañía de las dos rubias más bonitas que he visto en mi vida!



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...